

APUNTES

ACERCA DE LA VIDA Y POESÍAS DE DON PEDRO MONTENGÓN.

(Continuación.)

III.

Para juzgar segura y completamente á un escritor cualquiera de los pasados tiempos, no basta conocer su carácter y los acontecimientos de su vida; no basta conocer á fondo sus producciones, abstraídas del tiempo y del espacio; es además necesario conocer la atmósfera social y física, bajo cuyo influjo creció y se desarrolló su inteligencia. No es nuestro ánimo, porque ni cabe en los límites de este trabajo ni el asunto lo merece, verificar semejante estudio, en extremo complejo, con relación á Montengón, considerado como poeta lírico y bucólico. Sólo diremos cuatro palabras acerca del aspecto que en general presenta la poesía española de la primera mitad del siglo XVII; y de este modo podrá ser debidamente apreciada, bajo el aspecto artístico al menos, la representación é importancia que á Montengón corresponde en la historia de nuestra literatura.

El gongorismo, cuya corruptora influencia duraba aun, juntamente con la del degenerado escolasticismo, tenía como esterilizado al ingenio español, después de haberle hecho gastar de una vez todas sus fuerzas en monstruosas é inauditas originalidades; observándose que, al paso que los primitivos culteranos, los culteranos del siglo XVII, manifestaron, en medio de sus extravagancias, espléndida y arrebatada fantasía, los del siglo XVIII eran prosáicos y rastreros, fríos y descoloridos, sin dejar por eso de incurrir en dislates análogos á los de Gracian y de Góngora;

de tal suerte, que venían á juntarse en ellos, por muy extraña manera, con defectos tan opuestos, la escuela luzanista que nacía y la gongorina que espiraba. La idea y el sentimiento de la verdadera belleza poética se habían perdido por completo. Únicamente al acaso es debido que de vez en cuando apareciesen entre el inmenso farrago de versos que entonces se escribieron. No puede darse postración más profunda. ¿Cómo levantarnos de ella? Ó apareciendo un genio que arrastrase al siglo en pos de sí con el prestigio de su canto, ó volviendo á la imitación de los clásicos modelos. No sucedió lo primero, sin duda porque nuestra nación carecía de vitalidad para tanto: verificóse, pues, lo segundo, como era más natural, dadas las circunstancias de la época. La poesía española, á manera de enfermo convaleciente, necesitaba el apoyo de ajenos brazos para andar. Sus primeros pasos en el camino del buen gusto fueron, por lo mismo, tímidos é inciertos. Todavía distaba mucho de recobrar su cabal salud, cuando apareció Montengón. Moratín el padre, y el Conde de Torrepalma, notabilísimos en lo épico; como líricos valian poco. Montengón, pues, que no era ningún genio, hubo de seguir la corriente de la época, y se hizo imitador, con arreglo á los cánones que á la sazón propagaban en España algunos humanistas, dándoles por ortodoxos y puros. Siguiendo, aunque de lejos, las huellas de nuestros vates del siglo de oro, tomó por sus modelos á los hebreos, á los clásicos y á los italianos, de todos los cuales tendría probablemente más que mediano conocimiento, ya se atiende á las escuelas en que estudió, ya á las regiones que en su expatriación le acogieron. Esta imitación, casi siempre oportuna, aunque rara vez felizmente ejecutada, era una necesidad, no sólo en su época, sino también en él, por la índole especial de su talento y de su imaginación, aunque, si por una parte le impidió caer en extravíos, privóle en cambio, por otra, de producir aquellas bellezas peregrinas que brotan del íntimo y directo consorcio del espíritu del poeta con la naturaleza y con la humanidad. Contemplándolas Montengón, no en sí mismas, sino en las descripciones que de ellas habían hecho otros, ni pudo sentir vivamente sus grandezas y armonías, ni pintarlas con aquella verdad y frescura, con aquella vida y calor que saben poner en sus versos los poetas no imitadores, los poetas que, desdeñando la idealidad convencional de

escuela, se apoderan de la realidad y la trasfiguran en la libre región del arte. Y no es sólo en los detalles, no es sólo en los conceptos é imágenes donde Montengón aparece imitador: lo es todavía más, si cabe, en el estilo general, corte y plan de sus poesías, así líricas como pastoriles.

Servil parafraseador de Teócrito y Virgilio, adolece Montengón en estas últimas de todos los defectos que con razón se achacan á la mayor parte de los bucólicos modernos; defectos nacidos del espíritu rutinario y poca inventiva de los autores, no de la falsedad y esterilidad del género, como algunos críticos pretenden, fundados en que, lejos de ser la poesía pastoral la primera en el orden cronológico, como atendida su índole debiera presumirse, florece siempre en el período más adelantado de todas las literaturas y de todas las civilizaciones: testigos Salomón, Teócrito, Virgilio, Sanazarro, Garcilaso, Fontanelle, Gesnes, etc. ¿Cómo no ha de ser artificial, dicen, un género que, en medio de la corrupción de las costumbres y del refinamiento de las artes, aspira á retratar la naturaleza en toda su sencillez y el corazón del hombre en toda su sinceridad y pureza?—Eso mismo es cabalmente lo que á nuestros ojos lo legitima, porque responde á una necesidad moral de tales épocas, en que el espíritu humano, notando mejor que nunca el terrible dualismo que le martiriza, el profundo contraste que existe entre lo real y lo ideal, tiende, impulsado de un instinto invencible y mediante un supremo esfuerzo, á armonizarlos en el arte, como lo estaban en la naturaleza antes de que la primera culpa turbara el concierto universal, antes de que finalizase la edad de oro en que todas las criaturas obedecían al hombre y el hombre á Dios. Tan elevado es el destino de la poesía bucólica. No queremos decir con esto que siempre le cumpliese, ni que siempre llenase las condiciones que el mismo le impone; antes bien, reconocemos que, excepto en el *Cantar de los Cantares*, égloga divina por todos estilos, nunca llegó á tocar la deseada meta, á causa de la pequeñez del humano entendimiento. Quiénes la han desnaturalizado, convirtiéndola en disfraz, sobrado trasparente, de pasiones y caracteres cortesanos; quiénes, poniendo en ella, guiados de un grosero realismo, ideas y afectos innobles, la han despojado de su idealidad nativa. Mientras estos reducían el Paraíso á miserable cabañal,

aquellos le trasformaban en babilónico pensil; tan impropio lo uno como lo otro; pecando todos, además, de vagos, monótonos y descoloridos en las pinturas, de pobres en los argumentos y conceptos, y de amanerados en el estilo y en la frase. Ya hemos dicho que Montengón fué uno de tantos; pero tiene el mérito, no de muchos quilates, á la verdad, de haber deslindado perfectamente en la práctica el *idilio* de la *égloga*, mal definidos aun por los preceptistas, á quienes la etimología de los nombres y lo incierto del uso han desorientado frecuentemente al tratar de esta materia; si bien la opinión más común entre ellos es la de que *idilio* y *égloga* son palabras, en su acepción actual, completamente sinónimas. Pero ¿hay verdaderos sinónimos en castellano? ¿Puede haberlos en ningún idioma?

Creemos que no; creemos que así como la metafísica no admite dos seres del todo iguales en la naturaleza, tampoco puede admitir dos palabras perfectamente idénticas en el lenguaje. La ley que preside á la formación y progreso de los idiomas es ley divina, superior á la voluntad del hombre, y como tal, contraria á todo lo vano, á todo lo superfluo, porque la *precisión* es cualidad esencial de las obras de Dios. Dimanada de esa ley suprema, existe en las entrañas de ellos una secreta virtud purificadora que, semejante al fuego de la vida, consume ó rechaza cuantas voces innecesarias, cuantos elementos heterogéneos la moda ó el capricho individual intentan engertar en ellos. Por lo tanto, cuando en uno ó más idiomas encontramos dos vocablos de larga fecha que al parecer significan lo mismo, cuando los vemos permanecer coexistiendo por dilatado espacio de tiempo al través de las revoluciones políticas y literarias, sin que ni el uno ni el otro hayan pasado á la región de los arcaísmos, cuando esto sucede, es preciso reconocer desde luego que la sinonimia de tales vocablos es más aparente que real, no existiendo en ellos nada de inútil ni de redundante, como el análisis viene á comprobarlo después. Las palabras *égloga* é *idilio*, pues, aclimatadas en las lenguas modernas tantos siglos ha, deben forzosamente corresponder á ideas distintas, por más que en Teócrito y Virgilio suceda lo contrario, por más que los autores modernos no hayan sabido determinar claramente su propio y verdadero sentido.

Ahora bien: ¿qué es *égloga*? ¿qué es *idilio*? ¿en qué se diferen-

cian?—Abramos el *Mirtilo*, leamos las composiciones tituladas *La modesta Cratilla*, *La profecía de Orton*, *La profecía de Proteo*, *Desengaño del amor*, *El conjuro*, *Los dichosos amantes*, y *La vida pastoril en cotejo con la urbana*, que Montengón denomina églogas; leamos luego las que llama idilios, *Hilas*, *Admeto* y *Alceste*, *La promesa de Bato*, *El rapto de Europa*, *Argos*, y *Filemon y Baucis*; comparemos estas últimas producciones con las primeras en su forma y en su fondo, y de semejante parangón deduiremos fácilmente el carácter y condiciones peculiares del idilio y de la égloga, como especies diversas de poesía.

En las églogas de Montengón campea siempre la forma dialogada, presentando cierto interés dramático á causa del enlace que entre unas y otras establece la identidad de varios interlocutores y la analogía de los asuntos; y si bien el poeta habla á veces en su propio nombre, esto debe mirarse como accesorio, como equivalente en algún modo á las advertencias, que hay en las obras escénicas, sobre decoarciones, entradas, salidas y movimientos de los actores. En el idilio, por el contrario, prevalece la forma objetiva, teniendo el poeta, por consiguiente, más ancho campo para desplegar las galas de su imaginación. La égloga es más sencilla y sentimental; el idilio más imaginativo y brillante, cuadrándole mejor que á aquella lo sobrenatural y maravilloso. En suma, la égloga es al drama lo que el idilio á la epopeya.

Montengón, cuya fantasía era superior á su sensibilidad, aunque ni una ni otra rayaban muy alto, está indudablemente más feliz en los idilios, pequeñas leyendas bucólico-mitológicas, pintando el mundo y el hombre exterior, que al expresar en las églogas los afectos y movimientos del corazón de sus pastores, dotados de una *ciencia* inverosímil y desnudos de individualidad y de fisonomía histórico-geográfica. Cuando escribe la naturaleza, cuando refiere algún suceso, suele hacer versos bastante galanos y pintorescos, y presentar cuadros un tanto animados y graciosos, aunque pecando á menudo de vago y difuso, por no mirar los objetos á su verdadera luz; mientras que al querer manifestar las emociones tristes ó placenteras del ánimo rara vez acierta con el tono propio, careciendo de calor y de ternura, porque en sus interlocutores, como en los de la mayor parte de las églogas conocidas, todo es falso; ideas, religión y costumbres. ¿Cómo se ha

de expresar con fuego lo que no se siente ni se cree, ó se cree y se siente con tibieza?

Las anacreónticas de Montegón, no cortas en número y más descriptivas que líricas, tienen los mismos defectos y buenas cualidades que las églogas é idilios, pareciéndose harto poco á las delicadas composiciones del poeta Teyo y del Venusino. Más se acerca nuestro ex-jesuita á la manera de Horacio en las odas *filosófico-morales*, particularmente en las del libro V, cuyos títulos conocen ya nuestros lectores; tanto que, al leerlas, creemos en ocasiones tener delante las del lírico latino mal traducidas, aunque no enteramente despojadas de sus gracias nativas. El mismo método en el conjunto, los mismos sentimientos, los mismos conceptos y hasta donde la diferencia de los idiomas lo consiente las mismas frases. Este género templado se acomodaba perfectamente al genio y facultades de Montegón, por lo cual habría sobresalido en él seguramente, si viviera en más favorables circunstancias.

(Se continuará.)

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Al poner mi pluma pecadora en esta sección de la REVISTA DE MADRID, último sitio en que corrió, llena de vida y de gracejo, la fácil vena del inolvidable amigo que todos lloramos, he de pagar á su memoria un justo tributo.

Conocí á Selgas cuando él era un hombre, y yo casi un niño; tratábase entonces como á tal, y yo le miraba como á maestro. Los años, que no otra circunstancia ni mérito alguno mío, nos hicieron más tarde compañeros en una de esas épocas que rara vez se olvidan, en que empresas importantes, peligros comunes y el calor de los sucesos, fundan en pocos días amistades y lazos duraderos. Fuimos amigos; pero nunca perdió á mis ojos el prestigio con que le conocí por vez primera; y á mi amistad, que era cordialísima hacia el hombre, sobrepujó siempre mi admiración por el escritor y el poeta. Jamás pretendí imitarle, pero debo á su ejemplo y al estudio de su propio trabajo, que de cerca he seguido muchas veces, algo de lo poco que sé.

Fuera hipócrita y mal disfrazada inmodestia, después de lo dicho, presentarme ante los lectores de la REVISTA invocando tan gran nombre para hacerles tolerable el mío, y me apresuro á declararles que tal no ha sido mi propósito, sino el de consagrar á Selgas lo único, que con mis pobres oraciones, puedo ya darle, el recuerdo siempre vivo y cariñoso de la amistad que unía nuestros corazones, el testimonio de la admiración que consagré siempre á su admirable ingenio.

* * *

Si el ingénito y perspicaz que en tan alto grado poseía le hizo dominar siempre cualquier materia, sobresalir sobre otro alguno, y ganarlos á todos en este no fácil arte de pintar de un trazo los sucesos, caracterizar con un sólo rasgo á un personaje, y dar con una frase el tono y la pauta para juzgar todas las cuestiones, aun las más complejas y difíciles, ¿cómo ha de parecer, con él comparado, el mío, frío y perezoso, que no abonan las galas de su estilo, ni aquella admirable concisión y brevedad con que expresaba siempre claramente sus clarísimos pensamientos?

Pero puesto que ello ha de parecer mal, que parezca pronto, y eso irá ganando el lector en brevedad, ya que no en otra cosa.

La política, si por política se entiende la situación moral de un país en que no sucede cosa ninguna, acaso porque ya ha sucedido

todo lo que tiene que suceder, sufre en estos momentos una de esas crisis que algunos políticos llaman *digestivas*, por reducirse á la lenta y laboriosa asimilación de reformas, ó alteraciones importantes.

La actividad parlamentaria del primer período legislativo es causa natural de la presente gastralgia.

El Parlamento, ó mejor dicho, la mayoría se tragó de un golpe, ó poco menos, el festín financiero del Ministro de Hacienda; pero estas bodas de Camacho, á que asistieron los representantes del país, y de las que salieron, aunque bien comidos, satisfechos, han tenido sus tornabodas, y, como dice el romance

Las bodas fueran muy buenas,
Las tornabodas muy malas.

Lo cual quiere decir en prosa que á los diputados les pareció muy bien el plan de Hacienda, pero que el país no acaba de tragarse.

La espina se le presenta al Ministerio bajo mil formas diferentes, y no tiene manos ni habilidad bastante para arrancársela de la garganta.

Ya son los síndicos de los gremios, desfilando ante sus ojos con la severidad y compostura propia del caso, enhiesto el pendón de la resistencia pasiva, que junta y acrecienta á su sombra larga procesión de amigos y parciales; ya las ligas de contribuyentes que, extendiéndose por todas las ramas del árbol corpulento de la tributación, llegarán en un día á entorpecer el vuelo de los delegados de Hacienda, palomas mensajeras del Ministro del ramo; ya, por último, las liquidaciones de la Bolsa, cantando mensualmente un coro de bajos á las puertas de la Dirección del Tesoro.

La Bolsa, que subió hasta las nubes para la conversión de las deudas privilegiadas, baja hoy, después de convertidas, al nivel de la gloria del Sr. Camacho, poco envidiable altura, al decir de sus afligidos tenedores.

Estos, fuerza es decirlo, han perdido hacia el Ministro aquel religioso respeto que antes les infundía, pues no hay quien les quite de la cabeza que estaban mejor antes de convertirse; y al ver que el *cuatro* por ciento se les va de las manos, se las echan á la cabeza, suspirando por aquel *seis* que se fué, para no volver, por el camino de las ilusiones perdidas.

No es mucho, pues, que por producir alguna cosa estos papeles, hayan producido los rumores de crisis con que estos últimos días se consuelan los desocupados, y se cubren, faltos de otro abrigo mejor, los bolsistas en descubierto. Pero está escrito que la conversión de las deudas no ha de traer nada bueno, ni siquiera el pago de la conversión de los demócratas.

Se ha dicho que el jefe de estos, presidente á la vez de la comisión de presupuestos, sustituiría en el Ministerio al Sr. Camacho. Se ha hablado de la buena inteligencia que reinaba entre el Sr. Moret y los síndicos impugnadores de las tarifas de subsidio. Se ha hecho valer la circunstancia de ser el antiguo Ministro radical hombre ingeniosísimo en materia de combinaciones aritméticas, y muy versado en el difícil arte de dar poesía á los guarismos..... todo ha sido inútil.

El Sr. Sagasta, que es todo lo contrario del Sr. Moret, que nunca ha sido partidario de la poesía ni de la política trascendental, pero que conoce como ninguno su oficio de político romancista, aplica toda su habilidad, que no es corta, á conjurar la crisis, á mantener la conciliación de los fusionados y á hacer durar al Ministerio

que preside, en la misma forma que está organizado hasta la próxima reunión de Cortes.

¿Qué sucederá cuando las Cortes se reúnan?

Fácil es preverlo. Nada que descomponga seriamente el cuadro de la actual situación.

Para las ocasiones son los amigos, ó lo que es lo mismo, las mayorías; y no se ha formado la numerosa y compacta que hoy nos rige para que se funda, se divida ó se pierda á la primer escaramuza parlamentaria.

¿Qué elementos serios pueden provocar una crisis? Prescindiendo de que las crisis parlamentarias no abundan en esta tierra clásica del parlamentarismo, no vemos en la mayoría síntomas alarmantes de descomposición, ni tampoco encontramos en los partidos que se la oponen señales evidentes de vida propia, de inteligencias políticas ó de coaliciones amenazadoras que puedan ofrecer grave peligro á las falanges ministeriales.

Si estas se debilitan y enflaquecen, más ha de ser por deserciones parciales y solitarias, que no por uno de esos desfiles á la desbandada, que rara vez realizan, aun las mayorías más inquietas.

Ni López Domínguez, ni Balaguer, ni aun Balaguer y López Domínguez reunidos tienen fuerza propia suficiente para provocar en el Parlamento una crisis; y si la tuvieran, aleccionados por su fracaso en el asunto de la Capitanía general de Castilla la Nueva, dudamos mucho que quisieran emplearla..... Romero Ortiz, pájaro de cuenta del constitucionalismo radical, está á buen recaudo, tras

..... el metal de las doradas rejas».

Los demócratas dinásticos, que mañana acaso serán un partido, no son hoy sino una amenaza dulce y suave, que más que alarde de enemigo, parece tierna queja de enamorado..... ¿qué teme, pues, el Ministerio?

Sólo una nube negra se presenta en su horizonte, y aun esa nube puede disiparse á poca costa, ó neutralizarse en sus estragos con el más sencillo pararrayos—la nube que se desprende de los thes del señor Navarro Rodrigo.

Todo hace esperar, sin embargo, que semejante nube no descargue; y si por ventura descargase, su influjo sólo había de extenderse á una zona relativamente reducida..... acaso no pasase del sitio de la presidencia del Congreso..... tal vez del edificio del Ministerio de Fomento.

En resumen, sucédele á la situación creada y presidida por el Sr. Sagasta, lo que á la presidida y creada por el Sr. Cánovas. Ni una ni otra, como ninguna que aspire á gobernar en España en la actual disolución de los partidos, puede vivir fuera de los equilibrios, habilidades y componendas propias de toda coalición; y, sin embargo, la coalición, que es ley de su vida, es causa latente y necesaria de su debilidad orgánica. Son fuertes porque están unidos, y por la misma razón son débiles.

Tienen el vigor necesario para conservar robusta y duradera existencia, á condición de que no se propongan otro plan de vida que el muy modesto de *ir tirando*.

No hay, pues, crisis, digan lo que digan los periódicos, y hagan lo que hagan los gremios. El Gobierno dejará que aquellos hablen lo que gusten, con tal de que le dejen hacer lo que quiera, y en cuanto á estos, después de inmortalizar al Sr. Maltrana, se retirarán pacíficamente á sus tiendas.

Ya el Gobernador de Madrid, que cada día descubre una habilidad nueva, ha llegado oportunamente en auxilio del Ministro de Hacienda.

Este llenó un día la *Gaceta* de números para probar á los industriales que no tenían razón en sus quejas. Los síndicos, sacando la cuenta por los dedos, se prepararon á demostrar al Ministro que sus sumas ó sus restas estaban mal echadas; pero hete aquí que el Sr. Conde de Xiquena interpone entre los contendientes su superior autoridad, y prohíbe la publicación de las cuentas de los industriales, que es, en resumen, como decirles: «¡Basta de matemáticas!»

Y cuenta que el Gobernador de Madrid es hombre de palabra; prometió concluir con el juego, y cumplió su promesa; si él se compromete á concluir con este otro juego de las manifestaciones, de las adhesiones y de la resistencia pacífica, es capaz hasta de incluirle en el número de los juegos prohibidos.

Su carácter batallador le lleva á meterse hasta en los parajes de peor salida. Dígalo si no su cuestión con el Ayuntamiento á propósito de la aplicación de una multa á una sociedad coreográfica.

Ahora que el ejército, al decir de los que frecuentan su trato, está animado del mejor espíritu de disciplina, y vive bajo el imperio progresista, sin pensar en revueltas ni asonadas, el espíritu de protesta se apodera de una corporación de suyo tan pacífica como el municipio, y tenemos ¡un motín de tenientes!.... por fortuna no son más que tenientes de alcalde.

Su capitán, el Sr. Alcalde primero, ó si se quiere constitucional, sabrá velar por su honra, y volverá la paz al Municipio, y la cuestión se terminará brevemente, acaso ya esté terminada, como se terminan los lances de honra, por la oportuna intervención de los amigos de ambas partes.

Menos afortunados los demócratas, cuantos más amigos intervienen para aquietarlos, más se dividen y despedazan. De cada manifiesto nace una protesta, de cada acuerdo una disputa, de cada comité una fracción nueva, y ya ni comiendo se entienden.

Forman una cadena de eslabones rotos, y que, por lo tanto, no es cadena; Castelar con sus benévolos, Martos con su Tertulia, Ruiz Zorrilla con sus pocos leales, Figueras con los históricos, Pi y Margall con los pactistas, Carvajal consigo mismo, y hasta Cala y Rispa con los parciales de sus monosílabos.

¿Es la habilidad del Gobierno la que impide que todos estos eslabones se junten y formen entre todos una formidable cadena?

Preferimos creer, para tranquilidad nuestra, que tal cosa sucede por ley providencial de la democracia española; y lo preferimos, porque la habilidad, por grande que sea, puede fallar alguna vez, aun ejercida por un Gobierno, mientras que las leyes providenciales son siempre constantes.

De todas maneras, aun dividida y discorde, la democracia se extiende y se propaga. Dispersas las iglesias republicanas, sin lazo que las una ni pontífice que las rijan, prosiguen lenta y seguramente, más peligrosas cuanto menos temibles, sus trabajos de evangelización y propaganda.

Hay democracia para todos los gustos, y apóstoles y misioneros para toda especie de público. La doctrina, que es una en el fondo, y que sólo se diferencia en la forma ó en la disciplina, hace prosélitos entre todas las clases, aun en las llamadas conservadoras, y el que antes se asustaba de *El Globo*, ya sólo se asusta de *El Porvenir*, y aun los hay que sólo rechazan *El Voto nacional* ó *La Vanguardia*.

Estas partidas sueltas de la revolución que el Gobierno monárqui-

co y semiconservador de Sagasta deja organizar tranquilamente, confiado en su impotencia para edificar, son, sin embargo, bastante fuertes para destruir, y van, con efecto, destruyendo poco á poco, pero irremisiblemente, el cuerpo social español en sus afectos, en sus virtudes y en sus creencias.

Día llegará en que tal y tan funesta semilla fructifique, en que esas partidas se conviertan en ejército formidable, en que los rotos eslabones de la cadena se suelden entre sí sólidamente. ¡Ay entonces del que quiera desunirlos y cortarlos!

Por el cumplimiento inexorable de esas leyes eternas de las sociedades de que antes hablamos, y que hoy por hoy impiden en España una inteligencia entre las fracciones de la democracia, ha caído en Francia, ahogado por sus propios amigos y por su propia obra, no sólo Gambetta, sino la política autoritaria y despótica que pretendía fundar sobre el cimiento de su soñada popularidad este impopular dictador.

Todos los demócratas, así los intransigentes de la izquierda, como los radicales de la derecha..... republicana rechazan los proyectos de ley presentados por los secuaces de este héroe de un día, y que dictó en su odio implacable contra la Religión y sus Ministros, y aun contra toda ley moral superior á la ley suprema de la omnipotencia del Estado.

Este Estado, sin ley y sin moral, único Estado que necesita el tirano para establecer cómodamente su tiranía, ha asustado á los revolucionarios franceses, no precisamente por la falta de Dios, sino por la sobra de tirano. Tanto el proyecto de M. Paul Bert, sujetando á injustas responsabilidades á los Sacerdotes, como el de M. Waldech Rousseau asentando sobre bases peregrinas el derecho de asociación, han sido mal recibidos por la opinión, y son vivamente censurados por toda la prensa democrática, desde la *La Justice* del comunero Clemenceau, hasta el *Gaulois* de Jules Simón.

El resumen del proyecto de Mr. Waldech Rousseau, Ministro del Interior que fué en el Ministerio Gambetta, se encierra en este artículo.

«Todas las asociaciones serán lícitas, menos aquellas que impliquen por su objeto ó por su resultado, ya por medio de votos, ya por un compromiso cualquiera, la renuncia total ó parcial del libre ejercicio de los derechos individuales, ó la subordinación del ejercicio de estos derechos á una tercera persona.

En alguna otra parte, y no en lengua francesa, sino en idioma más familiar á nuestro oído, se han sentado proposiciones muy semejantes á esta, que hoy formula un partidario de los derechos ilegislables.

Dígasenos si no cabe tributar alabanzas á la Providencia porque contra tales principios se afirme todavía en la misma Francia, y no por labios conservadores, sino por los mismos radicales, y por radicales como *Le Reveill* y otros periódicos este principio, en el que, mientras no los haya mejores, debemos los católicos de todos los países apoyarnos: TODA ASOCIACIÓN ES LIBRE.

La lógica es cosa tan excelente, que hasta proclamada por los más fieros revolucionarios, merece alabanzas, alabanzas que son tanto más fáciles de conceder, cuanto que las ocasiones de tributarlas no se presentan muy á menudo.

Los últimos despachos de Viena anuncian que siguen haciéndose prisiones en Galitzia y en la Boukovina, habiendo sido detenidos muchos agentes rusos en el momento en que distribuían gruesas cantidades de dinero. En las aldeas de Gallitzia oriental se han hallado en las casas de los campesinos folletos panslavistas en gran número, y retratos del czar. Se anuncia que el agitador ruso, general Gadejeff, cuyo nombre es muy conocido desde la última guerra, se halla actualmente en Belgrado. Doscientos voluntarios partieron el viernes último de esta última población dirigiéndose á Bostnia, y de Bulgaria anuncian el paso no interrumpido de oficiales y soldados rusos.

Ni estas noticias ni las que comunican los mismos periódicos sobre la situación de los insurrectos que ocupan ya en cuerpos, ya en partidas aisladas, una parte importante del país, permiten ya dudar de los serios peligros interiores que amenazan al Austria.

¿Salvará á ésta su política francamente conservadora? ¿Hallará gracia su condición de potencia católica y de monarquía cristiana, en los altos decretos, de los dueños y señores de Europa?

¿Será Rusia por desahogarse de sus nihilistas, ciega imitadora de la conducta de Napoleón III, y pretenderá vivir segura en su casa encendiendo la guerra en casa del vecino?

Quién sabe; acaso la lógica que ilumina á veces, como hemos visto, el corazón de las demagogías, es libro cerrado para los Estados monárquicos, ó simplemente conservadores.

La situación en el resto de Europa no ha cambiado desde nuestra última revista; desmentidas, por lo menos en la forma concreta en que circulan, las noticias del establecimiento de relaciones permanentes entre la Santa Sede y el Gobierno inglés, queda á la Europa católica y conservadora la esperanza que puede fundar en la inteligencia del Vaticano con el imperio alemán, y de que es prenda la misión permanente que ha de ejercer cerca del Vaticano el Sr. Sklorzer, que dentro de pocos días recibirá los poderes oficiales de su Gobierno.

Despachos y correspondencias conceden verdadera importancia al movimiento católico que se verifica en Suecia.

Los destinos providenciales del Catolicismo se afirman por do quiera con la elocuencia de los hechos.

Allí, donde se aviva y enciende el espíritu religioso; allí, donde las sociedades materialistas buscan un apoyo moral que las proteja; allí aparece nuestra Santa Religión como el refugio de las conciencias, como la luz que guía á los pueblos, y que sirve de norte á los Estados.

SANTIAGO DE LINIERS.

MISCELÁNEA.

Para recordar la dulce memoria de Pío IX en el cuarto aniversario de su muerte, celebró la «Unión Católica» solemnes funerales en la iglesia de San Luis el día 7 de los corrientes. Ofició de pontifical el Emmo. Cardenal Moreno, y presidieron la fúnebre ceremonia los Excmos. é Illmos. Sres. Nuncio de Su Santidad, Patriarca de las Indias, Arzobispo preconizado de Valladolid y Obispo de Areópolis. Todo fué en aquella triste solemnidad grave y majestuoso: la palabra elocuentísima del Sr. Sanz y Forés, que tuvo pendiente de sus labios al numeroso auditorio que le oía; la parte musical, dirigida por el acreditado maestro D. Nicolás González, y embellecida por la voz hermosísima de nuestro amigo Godró, que todo lo hace á maravilla, y hasta la severidad y buen gusto con que estaba adornada la iglesia, todo, repetimos, nos regocijó sobremanera y llenó nuestra alma de grata consolación.

En el mismo día dirigió la «Unión Católica» un respetuoso telegrama á Su Santidad, que tuvo inmediata y expresiva respuesta. La luz vendrá, y con el tiempo se hará justicia á esta Asociación, cuyos afanes se verán satisfechos, cuando movidos por el amor y por la caridad se unan todos los buenos para defender los sacrosantos derechos de la Iglesia.



Nos ha causado profunda pena el fallecimiento del Excmo. Señor Marqués del Socorro. No teníamos la honra de tratar personalmente al Marqués; pero nos consta que era tan grande su virtud como profunda y varia su erudición. Reciban sus virtuosos hijos nuestro más sentido pésame, y que no falten al ilustre difunto las oraciones de los buenos.

LIBROS.

El inteligente editor que por rara modestia oculta su nombre, á pesar de lo meritorio y patriótico de la empresa que trae entre manos, ora reimprimiendo libros tan primorosos como el del P. Valdivielso, ora publicando las obras más notables de literatura contemporánea, ha tenido la bondad de remitirnos los *Cuentos amatorios* y las *Historietas nacionales* que acaba de escribir el ilustre académico D. Pedro A. de Alarcón. Por el ínfimo precio de *cuatro pesetas* puede saborear el lector lo agudo y flexible del ingenio de Alarcón, su retrato (no el del lector, cuidado), debido al valiente buril de Maura; y una correcta esmeradísima impresión, que honra las prensas de Tello.

Otro libro, y muy notable por cierto, tenemos á la vista. Le ha compuesto el P. Fray José Coll, de la Orden de San Francisco, y el titula *El Purgatorio y la devoción á las benditas almas*. En verdad que es este un libro que no tiene desperdicio, como vulgarmente se dice. Desde la dedicatoria, muy sentida por cierto, hasta el último capítulo, le hemos leído con sumo placer, si bien no con el vagar y reposo que hubiéramos deseado, y que obra tan notable requiere. Está dividida en tres partes: prueba en la primera el P. Coll, con razones incontrastables, la existencia del Purgatorio; y cuando ya tiene conquistado el entendimiento de quien le lee, para conseguir lo cual, trae á colación el buen Padre, en apoyo de su tesis, la razón natural, la Biblia, los Santos Padres y los pueblos todos, entra en la segunda á discurrir acerca de la devoción á las benditas almas que padecen cruelmente, pero cuya pena es al cabo mitigada, porque algún día verán á Dios; desplegando aquí el P. Coll abundosa y selecta erudición. No decae el autor al hablar de *la liturgia aplicada á los difuntos*. En suma, el libro del P. Coll merece ser leído por la gente de letras, y de un modo especialísimo por las personas que deban conocer á fondo estas materias.

Hemos recibido varias agradables visitas: *La Ciencia Católica*, y la *Revista Eclesiástica*, de Barcelona; la *Revista del Liceo Científico*, de Manila; el *Boletín del Colegio Politécnico*, de Cartagena, y el *Diario Médico*, de Madrid. A todos devolvemos nuestro cordial saludo.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA (1).

JUAN BAUTISTA VICO.

ARTÍCULO PRELIMINAR.

El asunto de la serie de artículos que voy á comenzar es absolutamente nuevo en España. Nuestro suelo ha sido siempre rebelde á las investigaciones abstractas, que sirven para descubrirnos la naturaleza íntima de las cosas: así como en el mundo político se echa de menos entre nosotros el elemento aristocrático, así también en el mundo intelectual se echa de menos el elemento filosófico: quizás la ausencia del primero es causa de la ausencia del segundo, porque la democracia tiende por todas partes el hacha niveladora.

(1) El deseo ardentísimo que tenemos de corresponder al favor, cada día más creciente del público, muévenos hoy á insertar el primero de una serie de notabilísimos artículos, debidos á la pluma del insigne Marqués de Valdegamas; los cuales artículos bien pueden considerarse como inéditos, dado que no están incluidos en la colección de las obras de aquel hombre extraordinario. Saboreen nuestros lectores estos trabajos, dignos en verdad del egregio orador. Bien será advertir, que tanto en este artículo preliminar, como en los restantes que hemos de publicar, si Dios quiere, se podrá notar algún que otro concepto, juicio ó frase, que traiga la marca del doctrinarismo. Esto no debe maravillar al discreto lector, si tiene en cuenta que los dichos artículos vieron la luz pública allá por el año de 1836, en cuya época aun empañaban ciertas nubecillas la pasmosa inteligencia del más grande orador de nuestros tiempos.—N. de la D.

Sea de esto lo que quiera, siempre es cierto que en la Península española jamás levantó sus ramas frondosas á las nubes el árbol de la filosofía. Luis Vives quiso plantarle en su suelo; pero sus esfuerzos fueron vanos, y sus trabajos estériles. Su filosofía no fué más que un juicioso criticismo. *Jovellanos*, en los tiempos modernos, resplandece como el príncipe de nuestros escritores: grandemente versado en las ciencias históricas y económicas, y sobremanera entendido en artes y en letras humanas, su nombre vivirá tanto como el tiempo, porque la historia le ha reclamado como suyo; pero como quiera que no derramó nunca los tesoros de su saber sino con ocasión de trabajos que le estaban encargados, y en dictámenes que sobre asuntos concernientes al procomún le fueron frecuentemente pedidos; de aquí nace que no depositó jamás en ninguna de sus producciones el código de sus doctrinas, y que ninguna de sus obras puede ser como un monumento magnífico levantado para la eternidad, y consagrado exclusivamente á las ciencias. *Jovellanos* dijo siempre todo lo que era necesario decir para resolver cumplidamente una cuestión dada de administración ó de gobierno; pero no se elevó jamás de caso pensado á la contemplación de los principios generales de las cosas. Cualquiera diría que no le fué dado concebir que hay un estudio de los principios, separado é independiente del estudio de los fenómenos materiales; que hay un estudio de las causas, separado é independiente del estudio de los efectos; que hay un estudio de ideas, separado é independiente de sus legítimas aplicaciones; que la teórica, en fin, es diferente de la práctica, y que el estudio exclusivo de la contemplación de la primera constituye al filósofo, como el estudio de la contemplación de la segunda constituye á los empíricos y demás rutineros, y como el estudio de la aplicación de la teórica á la práctica constituye al hombre de Estado.

Si esta distinción es exacta, *Jovellanos* fué un hombre de Es-

tado, puesto que estudió siempre las teorías con relación á sus aplicaciones, y esas mismas aplicaciones en su relación con el desarrollo de la prosperidad de los pueblos; pero no fué un filósofo, usando de esta palabra en su significación rigurosa, porque no hizo de los principios de las ciencias el asunto constante y exclusivo de sus meditaciones; porque su espíritu no se sublimó á la región de las ideas para mirar allí de hito en hito los tipos eternos, de quienes son figura alterada é imagen incompleta los fenómenos de este mundo: fenómenos de cuya contemplación no pudo separar nunca á su espíritu, desprendiéndole de sus terrenales ligaduras.

Si no puede conferírsele legítimamente el título de filósofo á Jovellanos, no se le puede negar el don del espíritu filosófico sin injusticia: como quiera que para concedérsele basta reconocer en él una maravillosa aptitud para generalizar los hechos, y para deducir de los principios sus consecuencias más importantes y fecundas.

La nación española [ha producido un gran escritor con una aptitud maravillosa para el estudio de la filosofía. Ved ahí la historia de la filosofía en España.

No es mi ánimo descubrir el origen de este fenómeno singular, porque para alcanzar su origen sería necesario antes engolfarnos en el intrincado laberinto de nuestros oscuros anales, y esclarecer con una nueva luz la noche de nuestra historia. Para mi propósito me basta consignar aquí ese fenómeno como un hecho; y aun así y todo, al consignarlo de paso, mi pluma se siente perezosa, y mi espíritu abatido, y mis ojos arrasados de lágrimas, y mi corazón desfallecido de fuerzas. Porque, ¿quién hubo jamás tan poco codicioso de la gloria de su patria, que confesara de buen grado aquello que menoscaba su valor á los ojos de otras naciones más favorecidas de la fortuna ó del cielo?

Ni nos ha cabido mejor suerte en el siglo XIX, que va desli-

zándose y pasando sin que pensemos en él, ocupados como están nuestros oídos con el fragor de las armas, y nuestros ojos con el espectáculo de nuestras miserias, y nuestro espíritu con los enojosos afanes que le abruman en tiempos, como los que ahora corren, de disturbios y de discordias civiles. Así sucede, que mientras que la Europa civilizada asiste hoy día al magnífico espectáculo de la renovación de los estudios históricos y filosóficos, sólo nosotros, luchando con la corriente de los siglos, vueltas las espaldas al sol de la civilización, y envueltos nuestros ojos en tinieblas, retrocedemos con acelerado paso á los tiempos de oscuridad y de barbarie. Ese retroceso es visible: el peligro en que nos pone, inminente; tiempo es ya de levantar la voz para anunciar la catástrofe, y de señalar con mano amiga los escollos.

Cuéntense los libros que se publican, y se verá que son pocos; recórranse sus páginas, y se verá que aun siendo pocos, en su mayor parte son malos. Cuéntense los periódicos que se escriben, y se verá que son muchos; pero léanse, y se verá que son malos, porque entre nosotros un periódico no es una empresa literaria confiada á los que estudian y saben, sino una máquina de guerra que conducen y dirigen los osados. La mayor parte de los que á sí propios se decoran con el título de escritores, no le merecen, en verdad, sino porque combinan sobre el papel, y con la pluma, las letras del alfabeto.

Ahora bien: cuando los periódicos, que en vez de difundir las luces, difunden la barbarie, son leídos, ese es un signo de rápida decadencia, y esto cabalmente es lo que sucede entre nosotros.

Quando las naciones llegan á este grado de abatimiento y de postración intelectual, sólo pueden cobrar valor y fortaleza, lanzándose con entusiasmo en la carrera de los estudios filosóficos que fortifican y robustecen el espíritu. La filosofía esconde tesoros de purísimos y de inefables placeres, aun para los hombres gastados, y para las sociedades enervadas.

Por eso me ha parecido conveniente llamar la atención hacia los estudios filosóficos, seguro como estoy, de que, aunque el árbol de la filosofía se levante rodeado de asperezas, convida luego con su fragancia á los sentidos, y al paladar con regalados sabores.

El objeto de la filosofía, en general, es la averiguación de los principios de las cosas: el estudio de las causas de todos los fenómenos, y el de la razón de la existencia de todos los seres. La filosofía, considerada bajo el punto de vista más general y completo, está encargada de explicarnos el por qué de Dios, el por qué del hombre, y el por qué del mundo, y la naturaleza del mundo, la naturaleza de Dios, y la naturaleza del hombre. Sólo los que se ocupan de estas cuestiones trascendentales, de estos primeros principios de las cosas, se llaman por excelencia filósofos. Resplandecen en la antigüedad Aristóteles y Platón; y en la Europa moderna, Bacon, Descartes, Locke, Leibnitz, Mallebranche, Kant, Hegel y Shelling.

El asunto de la filosofía, propiamente dicho, de la filosofía por excelencia, es por una parte tan inmenso, y por otra tan abstracto, que no puede ser tratado, ni aun bosquejado dignamente ni en uno, ni en muchos artículos de un periódico. Pero así como hay una filosofía general que se propone descubrir los principios generales de todas las cosas, así también hay varias filosofías especiales que se proponen descubrir los principios particulares que presiden al desarrollo de cada una de las ciencias.

Las riquezas se producen, se reparten y se consumen en virtud de ciertos principios generales que pueden ser asunto de meditación y de estudio; el que ordena sistemáticamente esos principios es un filósofo; y ese sistema ordenado es lo que constituye la filosofía de la economía pública.

Las sociedades nacen, progresan, desfallecen y se extinguen, obedeciendo á ciertas leyes inalterables que presiden á su infan-

cia, á su progreso, á su decadencia y á su muerte. El que escribe de una manera lógica y ordenada el catálogo de esos principios, y lastablas de esas leyes, es un filósofo: y ese sistema ordenado, es lo que constituye la filosofía social.

En todas las sociedades humanas existen las nociones de mando y de obediencia: en esas nociones tienen su origen la constitución del súbdito y la constitución del poder. El que ordena sistemáticamente los principios que han de servir de fundamento á la jerarquía social, el que guiado por la luz de esos principios descubre las relaciones que deben existir entre los personajes sociales, es un filósofo; y el catálogo de esas relaciones, ordenado sistemáticamente, según esos principios, es lo que constituye la filosofía política.

Por donde se ve que hay tantas filosofías como ciencias, y tantas ciencias como series de hechos ó de fenómenos derivados de leyes generales y de principios comunes.

Ahora bien: así como hay una filosofía de la economía pública, así como hay una filosofía política, así como hay una filosofía social, ¿hay una filosofía de la historia? ó lo que es lo mismo, ¿los varios pueblos derramados por el mundo gozan de una vida independiente y completa, ó de una vida de relación? ¿Sus historias particulares constituyen una completa unidad, ó son varias páginas de un mismo libro que comprende la historia del género humano? Si el género humano, en fin, tiene una historia de la que las historias particulares son fragmentos, ¿las revoluciones que en ella se consignan, las catástrofes que en ella se describen, y el movimiento progresivo que en ella se advierte, son obra de la casualidad, ó efectos necesarios producidos por principios necesarios también, y por leyes providenciales y eternas?

Si el género humano tiene una vida que le es propia, y si hay ciertas leyes inalterables á que forzosamente obedece, esas leyes podrán reducirse á catálogo: el que la escriba será un filósofo.

sofo; y ese catálogo, ordenado sistemáticamente, constituirá la filosofía de la historia.

Por el contrario, si el género humano no existe sino como una agrupación casual de gentes y de naciones; si la Historia Universal es sólo una colección de historias particulares, si en el movimiento simultáneo ó sucesivo de los pueblos no se descubre un designio manifiesto de la Providencia, entonces no hay Providencia, no hay humanidad; la fatalidad de los antiguos es señora de los hombres y reina de los mundos, no hay filosofía de la historia.

Tal es la cuestión inmensa que se ha agitado por los espíritus más graves en los tiempos modernos; cuestión que en el siglo décimoséptimo se resolvió prácticamente por *Bossuet*, último padre de la Iglesia, y en el siglo décimooctavo práctica y teóricamente por *Juan Bautista Vico*, esclarecido reformador de los estudios históricos, desgraciado durante su vida, y olvidado después de su muerte, hasta que el siglo décimonono, justo con todas las grandezas humanas, ha restaurado su memoria.

Yo me propongo familiarizar á mis lectores con un hombre grande y con una doctrina sublime: con *Juan Bautista Vico* y con la filosofía de la historia.

(*Se continuará.*)

JUAN DONOSO CORTÉS.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

CAPITULO XXIII.

LA ENTREVISTA.

Muy de mañana abandonó Juan Antonio su cuarto, y andando de puntillas para no llamar la atención, pasó por delante de la puerta del de su tío, vacilando un momento sobre si debía ó no entrar á saber noticias de su salud. Debió, sin embargo, en sus adentros votar en contra de sus propósitos de interés de familia, porque siguió adelante, tomando la estrecha escalera que conducia á la tienda.

Pero en la misma escalera, y en el descansillo á que abria la puerta de la cocina, se encontró de manos á boca con la Señora Prisca, que en aquel momento subia, llevando al enfermo una medicina.

—¿Cómo ha pasado la noche?—la preguntó con afable, pero sereno acento.

—Muy mal—respondió el ama de gobierno, afectando no levantar la cabeza de la taza, cuyo contenido revolvia febrilmente con la cuchara;—muy mal; el amo está gravísimo, y si Dios no lo remedia, hay que prepararse á una gran desgracia.

—¿Se ha empeorado?—preguntó Juan Antonio, avanzando un paso y preparándose á seguir su camino.

—Desde que cayó en cama, *todos en casa* le consideramos muy grave.

No pasó inadvertida para Juan Antonio la entonacion particular con que pronunció la Prisca la frase, al parecer inocente, de *todos en casa*, con la que claramente queria expresar que para ella el huésped no componia parte de la familia; pero guardóse bien de recogerla, antes al contrario, dedicando una frase banal de simpatía á la situacion del enfermo, pasó por delante de la Prisca, que entonces, sólo entonces, levantó la vista del plato, fijándola con extraña expresion en el rostro del novel diputado.

Este no vió ó no quiso ver en esta mirada nada que mereciese la pena de ser notado: siguió bajando pausadamente por la escalera, y ya se disponia á levantar el picaporte de la puerta que conducia á la tienda, cuando oyó que el ama de gobierno le decia con su voz varonil desde el descansillo:

—¿Y V., suceda lo que quiera, se marcha mañana á Madrid?

—No sé, Prisca, no sé lo que haré;—respondió Juan Antonio, abriendo ya la puerta, y con acento reposado y hasta compasivo;—depende de las noticias que hoy me traiga el correo; hasta entonces, no sé lo que haré, no lo sé;—y tranquila, muy tranquilamente, pero con firmeza, abrió y cerró otra vez la puerta de la escalera, y atravesando el portal salió á la calle.

.....

El diputado recorrió en coche el trayecto que media entre Duradon y el monte de La Matilla

La mañana, aunque clara, era fresca, como suelen ser, por lo comun, todas las mañanas en la campiña duradonesa. Setiembre, que ya por aquellos dias mediada, es en aquel clima, áspero y duro, una segunda primavera. Los rocíos de la tarde y de la mañana, y las nubes que festonean caprichosamente el limpiísimo azul del cielo, empujados á veces por el viento, descargan su lluvia otoñal, sobre los campos sedientos de frescura; los vapores que el calor del sol ha condensado, transforman en pocos dias, á veces en horas, con un fuerte chubasco, los agostados prados, que reverdecen como en Abril ó Mayo; los árboles, que empezaban á amarillear, se tornan lozanos y afirman por mucho tiempo su verde follaje; hasta las tierras de labor que el verano y la se-

quía había endurecido, y que aun amarilleaban despues de la siega con los ásperos rastrojos, parece como que se esponjan y suavizan, y tal cual brote primaveral dulcifica en las cuevas y en los cerros el tono parduzco y triste de las heredades. Algun labrador diligente y cuidadoso empieza ya á voltearlas, aprovechando los primeros anuncios de la otoñada, mientras los ganados que el verano tuvo en forzosa dieta entran alegres por todas partes, sin respeto á cotos ni valladares, aprovechándose del momento de estudiado abandono en que deja por algun momento á sus tierras el celoso y avaro labrador.

En ninguna época del año es más hermoso el campo duradónés, y el de toda Castilla, que en esta época. Entonces se prepara la vendimia en las tierras calientes, entonces los colonos gozan un momento del pobre fruto de su honrado trabajo; los mercados se animan, los renteros vierten en las trojes del año su tributo anual, y se surten en la ciudad, con el sobrante de su cosecha, de los objetos y prendas más indispensables para su humilde y pobrísima vida. Es la época de los tratos y arreglos de familia. La novia que durante el verano apenas tuvo tiempo de oír entre los afanes del acarreo y los trabajos de la era los proyectos amorosos de su galán, concierta, libre ya de cuidados, el suspirado enlace; y en compañía de sus ascendientes y colaterales de ambas líneas, se ocupa prolijamente en procurarse los elementos más indispensables de su humilde ajuar.

Por fin, hasta el cielo acudiendo en ayuda y amparo de sus hijos predilectos, los hijos del campo, coloca tambien en esa época del año, en que su alma se eleva á otras regiones y espacios que los materiales y duros elementos con que ordinariamente lucha y combate, distribuye como en constelacion brillante, la hermosa pléyade de sus bienaventurados y Santos, y en cada villa y en cada aldea se celebra y adora con devocion singular, no exenta de profana, aunque inocente alegría, la fiesta de su patrono ó patrona, el aniversario de la fundacion de la iglesia ó la romería devota á la ermita que consagró la piedad de sus antepasados á los milagros del Santo monje ó del austero penitente, que escogió al pueblo como teatro y esfera de su vida, de su predicacion ó de sus milagros.

Juan Antonio, que de antiguo conocia el camino como uno de

los más concurridos y frecuentados en aquella época del año por labradores, tratantes, arrieros y cazadores, no prestó durante el corto trayecto gran atención á las bellezas del paisaje que á un lado de las revueltas de la cuesta se desarrollaba en anchas y escalonadas mesetas, donde contrastaban el verdor de los sauces, de los olmos y chopos, y la finísima alfombra de algunas praderas con los tonos calientes de la tierra recién removida, de las heredades ó suertes, festoneadas en sus lindes por verdes ribazos ó setos de retama ó de sauce, mientras por el otro bajaban serpenteando las ya suaves ondulaciones de la Sierra, erizadas de piedras, entre las que crecían brezos, argomas y chaparros en amigable y vistoso consorcio.

Pero tiene la naturaleza, aun para los que no son sus admiradores y amigos, tan poderoso encanto, que es extraño que no modifique de algun modo, siquiera sea imperfecto, las ideas, pensamientos y aficiones del que la contempla.

Siéntese en frente de ella, y al influjo de sus caricias, un como abandono y anonadamiento de nuestras facultades y potencias, un momentáneo olvido de las pasiones que ordinariamente nos dominan, un dulce y poderoso llamamiento á más altas vocaciones, á afectos más puros y elevados.

Siéntese, cuando menos, al descansar en su seno maternal ó simplemente al contemplarla, por reaccion del cansancio que á ella nos lleva, ó por espíritu de oposicion á nuestra vida cotidiana, apoderarse del alma súbito desprecio por la esfera propia y constante de nuestras habituales ocupaciones ó empresas. Desde allí contempladas, parécennos nuestras pasiones más pequeñas, nuestras ambiciones más vanas, más tortuosos y oscuros nuestros caminos, y más estériles ó locos nuestros esfuerzos.

Y así como el hombre del campo instintivamente se siente repellido cuando por vez primera pisa una ciudad, así tambien los habitantes de las ciudades se encuentran misteriosamente sujetos y solicitados por la voz misteriosa de la naturaleza, que, como madre, reclama con justicia sus derechos.

Cada recodo del camino, cada cambio del paisaje, hasta los árboles, los prados y las fuentes tenían cada uno un recuerdo para el olvidadizo madrileño; y sin que voluntariamente los evocase, surgían de repente, presentándose á su fatigada fantasía con los

mismos vivísimos colores con que por vez primera se le presentaron.

Aquí la fuente, donde aquella tarde de verano vino á mendar con su familia..... más allá, el ventorrillo donde dieron, él y su primo, descanso á sus no muy fogosas cabalgaduras, en su primera expedición á la Sierra..... más lejos, empieza la senda por donde se ataja el camino para llegar al monte..... á la derecha de aquel molino que se divisa por bajo de la cuesta, está el arroyo donde lograron, en alegre y bulliciosa compañía, la pesca más famosa de cangrejos que se registra en los anales de la localidad; y en lo alto, en lo más alto de la cuesta, por donde el coche sube lentamente arrastrado por las pacíficas mulas, se divisa ya la hermosa cruz de piedra, que parece proteger con piadosos brazos el ancho término de la ciudad, por la que parece velar cuidadosa como vigilante centinela.

Sólo al llegar á este punto de su corto viaje, desde el cual el paisaje cambiaba de aspecto y se pierde de vista la dilatada vega en que Duradon tiene su asiento, dióse cuenta Juan Antonio de sus impresiones, y empezó á sospechar si habria obrado cuerda-mente al acudir á la cita de su corresponsal misterioso. Pero era tarde para retroceder, y aunque le hubiera sobrado el tiempo, en cualquier otra cosa le hubiera aprovechado menos en desistir por propia y voluntaria flaqueza de una áventura, en la que entró desde luego con voluntad deliberada.

El aire de la mañana habia refrescado su cabeza, disipando negras y obstinadas preocupaciones, y se sentia libre y fuerte: más fuerte y más libre que nunca, con esa posesion y seguridad de sí mismo que presta la misma soledad á los corazones bien templados.

Lo maravilloso en que, por desgracia suya, no creia le hubiera parecido en aquella especial disposicion de espíritu en que se encontraba, fácilmente explicable, y por extraña modificacion de su naturaleza, fria y egoista, sentíase inclinado á cierta melancolía soñadora y á una no habitual benevolencia hácia la humanidad, que pocas horas antes consideraba poco menos que como enemiga.

Con estos sentimientos llegó al sitio de la cita, que era, como recordarán nuestros lectores, la caseta de peones camineros, si-

tuada en frente del monte de la Matilla, antiguo parque señorial del monasterio de Nuestra Señora de Berzosa, hoy propiedad de un rico propietario de Duradon, que le arrendaba para diferentes aprovechamientos.

Apeóse Juan Antonio, pero no viendo ningun otro coche ni caballo en el camino, ni junto á las tapias de un modestísimo ventorrillo que, situado en frente del monte, debía su existencia mercantil, no muy próspera por cierto, á la insegura é intermitente parroquia de cazadores y matuteros, casi estaba á punto de considerarse víctima de una burla. y hasta á dar por perdido el viaje, cuando al entrar en la venta con el objeto de informarse de alguna manera acerca de la persona que prometió esperarle, se vió detenido algo familiarmente por un personaje de vulgar aspecto, pero traje aseado, y que á la lengua revelaba, más que un campesino, un cortesano, ó por lo menos, un habitante de la corte, en quien momentos antes no habia fijado su atencion, á pesar de haberle visto sentado en un banco á la puerta del campestre establecimiento, saboreando tranquila y modestamente el contenido de un vaso de agua y vino.

—¿El Sr. Ruiz del Busto, á lo que creo?—le preguntó aquel personaje, que no era otro que el tenebroso conspirador, amigo del Sr. Romualdo, ó sea nuestro antiguo conocido del café de Jardines, Simon el agente de policía, ó el partidario de la pasada guerra, como quiera el lector preferentemente conocerle.

—El mismo, y no deja de extrañarme la pregunta en personas que, como V., debe conocerme cuando me escribe—respondió Juan Antonio, sin apresurarse á estrechar la mano que su interlocutor le ofrecia.

—¡Sí! ¿para qué negarlo? conocerle..... conocerle á V., le conocia, sí, señor, todo lo que un hombre puede gloriarse de conocer á un semejante suyo—dijo el agente, clavando una extraña y profunda mirada en la fisonomía fria y reservada del recién venido, pero sin insistir en estrechar su mano.

—Le conocia á V., y por eso estaba seguro de que habia de acudir á mi cita, desoyendo las sugerencias de la prudencia.

—¿De la prudencia?.....—preguntó desdeñosamente Ruiz del Busto—segun eso, he sido imprudente al venir á este sitio en coche, armado, y á la luz del dia en una mañana de otoño.

—No me ha entendido V.; ya sé que le sobra valor para estas y mayores pruebas, y sé tambien que ni el sitio, ni la hora, ni la ocasion son á propósito para escenas de bandolerismo ó empresas de secuestros; pero no solo se puede ser imprudente, exponiéndose á la violencia ó á la astucia, sino dando ocasion, por debilidad, á otros motivos, á tratos ó amistades de que luego nos arrepentimos.

—¿Me juzga V. débil?

—Le tengo á V. por ambicioso.

—Señor mio.....

—Ya le he dicho á V. que creia conocerle: nada más fácil para V. que convencerme de mi error..... ¿quiere V. descansar allá adentro, ó prefiere V. que paseemos por el campo?..... Tenemos mucho que hablar.....

—Permítame V. que le advierta que eso no basta que V. lo diga, sino que á mí así me lo parezca; por lo demás, si V. no está cansado, prefiero el paseo á la conversacion entre cuatro paredes bajo un techo ahumado, y en una habitacion mal ventilada.

—Yo no me canso nunca; á pie he venido desde Duradon, y á pie he de volverme; pero media legua más ó menos de camino, me importa poco.

—Pudiera V., como prólogo de la conversacion importantísima que hemos de tener—dijo Juan Antonio, echando á andar camino arriba, y sonriendo con impertinente superioridad—declararme su nombre, posicion ó cualquiera otra circunstancia personal, compatible con la naturaleza de sus misteriosas revelaciones, que me sirviera de alguna luz para establecer lógicamente su verdadera importancia.

—No hay inconveniente en ello—respondió el aventurero sonriendo á su modo, si no con aire distinguido, al menos con el insolente aplomo del que sabe todo lo que puede esperar de las cartas que tiene en la mano; —pero le haré á V. observar que no habiendo sido necesario mi nombre para que V. se dignase andar una legua para venir á buscarme, tampoco debe ser necesario que V. le sepa para oirme. Por lo demás—añadió, viendo que Juan Antonio acertaba el paso, como pesaroso de ir en su compañía—no tengo en la ocasion presente ningun interés en ocultarla. Soy un aventurero..... tranquilícese, un aventurero en toda

regla; es decir, con las licencias necesarias. Me llamo Simon Miguez ó Simon Miguel, ó Simon simplemente, como á V. le plazca, ó como mejor le suene. Estiro ó cerceno las letras de mi apellido (que por otra parte no estoy muy seguro de poseer legítimamente) segun las necesidades de los tiempos ó de los sucesos; me he llamado Michelena en Navarra, Miquel en Valencia, y en Cataluña Miquelets; pero, repito, que mi nombre significa poco. Mi profesion en el actual momento histórico es todo lo legal y correcta que puede desearse. Soy agente especial de policía secreta.

—¡Demonio! —exclamó, á pesar suyo, Juan Antonio, deteniéndose otra vez en medio del camino.

—Repito que puede V. estar tranquilo..... lea V. esta carta. Podia haberme presentado á V. con ella..... porque, como ve, me encargan que me ponga á sus órdenes, y le comunique ciertas instrucciones; pero he preferido verle á V. particularmente, para un asunto que es por su índole particular y reservado. ¿Se ha enterado V. ?—añadió, despues de dar tiempo á que Ruiz del Busto hubiera leído la carta.

—Perfectamente, y por cierto que me hacen de V. grandes elogios.

—Inmerecidos.

—Hombre inestimable..... cabeza de hierro..... valor y discrecion á toda prueba, un agente como no es fácil encontrarles en España.....

—He vivido quince años en el extranjero—respondió Simon modestamente.

—Sin otro defecto que el de ser algo caro.....

—¡Naturalmente!—replicó con cómica gravedad, y no disimulado orgullo el malicioso personaje;—pero para que vea V.—añadió—cómo las ocasiones modifican el carácter de los hombres, le diré que en el caso actual me ofrezco á V. sin ese defecto si quiera, porque voy á servirle *gratis*.

—¡Ah! ¿V. pretende que va á hacerme un servicio?

—Va V. á verlo.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN JUNTA ORDINARIA DEL 13 DE ENERO DE 1882, POR SU ACADÉMICO CORRESPONDIENTE EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA, EL SEÑOR DON EVARISTO FOMBONA.

Señores Académicos:

Eterna lidiadora del mundo, la especie humana, en persecución del ideal divino, extraviado en las sombras de la gran culpa de nuestros primeros progenitores, lleva ungida la frente con el óleo santo del martirio en esta fatigosa peregrinación por tierras extrañas á los herederos del cielo. La gran culpa, que entraña una gran flaqueza, al hacernos sentir la caída, no borra ni puede borrar la ingénita exaltación del alma, ni su perpetuo anhelo por recobrar la herencia perdida, reservada sin duda á los grandes lidiadores que, fieles á su nativa prosapia, pugnan sin tregua por borrar el baldón del pecado original y reconquistar el blasón de su estirpe divina. Si principia en la tierra la gran lucha, no está en la tierra la gran victoria, ni la excelencia humana. Aliviado se siente el espíritu, cuando olvidado de los agasajos terrenales y atraído á las esferas de la luz por el imán de la gracia, encuentra, camino del cielo, á proporción que sube, más ligeras sus alas, más atractivo esplendoroso, más clara su pupila, más punzador anhelo, más viva ansiedad. Esta singular prerogativa es el don de algunas almas que van delanteras, señalándonos el camino. Por no ser don mío ese privilegio, se siente tan quebrantada mi alma al verse tan pequeña entre las tan grandes de la Real Academia de la Historia.

Señores Académicos, disculpad mi turbación. La torpe avu-
tarda aletea en la falda del monte, y el águila real ensaya el es-
truendo de sus alas en la cumbre. Sin ser temerario, nadie pugna
con su naturaleza. No basta á serenar mi alma vuestra genial
benevolencia para la que estimo tributo miserable mi eterna
gratitud. Entre la alteza de vuestro espíritu y la humildad del
mío, siento inmensa la distancia. La sabiduría es un poder for-
midable que se impone por su propia virtud, y de tal manera,
que ante su augusta majestad no hay frente erguida ni rodilla re-
belde. Inmenso es el poder de Dios, porque es inmenso su saber.

Es de vuestro instituto, Señores Académicos, ilustrar la his-
toria de España.

España, que da emperadores á Roma, y á sus legiones caudi-
llos; que batalla ocho siglos por reconquistar su suelo; que des-
cubre y civiliza un nuevo mundo, y dicta su soberana voluntad
á las naciones; España, que superior á todo infortunio, se yergue
en la adversidad, y más la glorifican sus vencimientos que sus
victorias; España no puede ser estudiada en su historia domés-
tica, sin ser estudiada en la Historia Universal; porque hace mu-
chos siglos no hay acontecimiento notable donde no palpite el
corazón español. Si es de vuestro instituto ilustrar la Historia de
España, señores Académicos, es de vuestro instituto ilustrar la
Historia Universal.

¡Qué augusto y qué formidable es el ministerio de la Historia,
y qué terribles y qué solemnes sus fallos! ¡Cuántos que llamó
GRANDES el mundo, al entrar por esas puertas y pasar por el cri-
sol de vuestra incorruptible integridad, los talla PEQUEÑOS vuestra
justicia! ¡Cuántos que pasaron PEQUEÑOS por la tierra, y á quie-
nes la tierra dió á beber la hiel y el vinagre de la calumnia, cre-
cen y crecen delante de vosotros, y los talla GRANDES el crisol de
vuestra justicia!

¡Vosotros, Señores Académicos, jueces incorruptibles de los *he-
chos consumados*, vosotros arrancáis con mano firme la corona de
la inmortalidad de tantas sienes indignas para ceñir con ella
tantas sienes merecedoras, relegadas al osario del olvido por la
demencia humana!

¡Justicia de Dios! ¡Al osario esos personajes que la ruín li-
sonja considera dignos del panteón! Verdaderas semipersonalida-

des, fábula es su grandeza: la Historia, sin ser adúltera, no los legitima: no reflejan ninguna gloria humana. ¡Al osario! ¡al osario! El elogio de la mentira es la crucifixión de la verdad.

Señores Académicos, tengo afición especial á la Historia. Las instituciones de los pueblos las estudio en sus hombres de Estado; y al contrario de otros pensadores, llevo por divisa:

HOMINES NON PRINCIPIA.

Este carácter mío es singular. Siempre estoy en derrota, porque siempre estoy con la minoría. Pensar como piensan los más, me parece vulgo: yo pienso como piensan los menos. Voy á probaroslo.

Es falsear la Historia y falsear la excelencia humana llamar GRANDE á Pericles porque hermo­seó á Atenas y porque habló por sus labios la musa de la elocuencia. Pericles es la mayor calamidad de Atenas, porque todo lo sacrificó á su vanidad y á su poderío: hasta el pudor de la patria. Deprimió el carácter nacional hasta el punto de ser los griegos de Pericles prole indigna de los mártires de las Termópilas, de los héroes de Maraton, de Platea y de Salamina. No hizo vestir de luto á ningún ciudadano, y anegó en sangre y lodo, en la guerra del Peloponeso, legado de su vanidad, á la patria ilustre de Aristides y de Cimon. Su heredero nos da la talla de la gloria de Pericles. El desalmado Cleón, el plebeyo Cleón. LOS TREINTA TIRANOS, dignos sucesores también del GRAN PERICLES. En vez de reflejar él la gloria de Atenas, se propuso que Atenas reflejase la gloria del GRAN PERICLES. ¡Si es esa la grandeza humana, maldición á la grandeza humana!

Es también falsear la historia y falsear la excelencia humana llamar GRANDE á Luis XIV. La talla de Luis XIV nos la dan el Regente y Luis XV: esos dos Sardanápalos de la Francia que hundieron en sangre y lodo al pueblo francés, y llevaron al patíbulo á Luis XVI, víctima inocente de las abominaciones de su regia estirpe: hostia propiciatoria sobre el altar de la patria. ¡Si es esa la grandeza humana, maldición á la grandeza humana, maldición á la grandeza humana!

«Una sociedad bien ordenada es el mejor templo que puede levantarse á la Majestad de Dios». Ese templo no lo levantare-

mos nosotros. El desorden impera en todo el mundo con soberano imperio; pero el desorden no tiene por dominios la eternidad, y ha de quebrantarlo su propia furia.

Tengo afición especial á la Historia. Maestra de la vida, según Cicerón, la Historia me mantiene tranquilo en mis horas de prosperidad y tranquilo en mis horas de infortunio. Es fruto de la Historia la ecuanimidad de mi espíritu.

Allá en mi adolescencia, como prólogo á mis lecciones, decía yo á mis discípulos. Notadlo bien: si la Historia es la palabra perpetua con que Dios habla á la humanidad para enseñarle las causas de su dicha ó de su desventura, oigamos en actitud humilde esa palabra poderosa que viene resonando en el cielo de la vida desde la creación del mundo. El GRAN DRAMA nos interesa, porque hay enseñanza para todos; y espectadores hoy y actores mañana, todos asistimos á ese teatro de la vida. Vemos que la ley moral es permanente y necesaria, y que todo quebrantamiento de esa ley moral tiene su expiación. Y en la lucha trabada entre el bien y el mal desde la tragedia del Paraíso, cuando hay fe en los buenos lidiadores, el bien triunfa siempre. Y cuanto más reñida la batalla, más gloriosa la victoria.

Vemos humillada la soberbia, castigada la avaricia, hastiada la lujuria, quebrantada la ira, inapetente la gula, despechada la envidia, y agitarse, como en lecho de Procusto, en su lecho mullido la pereza.

Vemos cómo se levanta y cómo se humilla el hombre: cómo se humillan y cómo se levantan los pueblos.

Vemos que cuando flota en la atmósfera moral de un país una idea grande y generosa, no falta nunca un cerebro generoso que la abrigue, un grande espíritu que la aliente, un magnánimo corazón que le dé forma y vida.

Vemos que las grandes virtudes explican una época venturosa, y una época desgraciada los grandes vicios. Vemos que es, no fatal, providencial, la lógica de los acontecimientos humanos; y que no es la ley del capricho, sino la ley de Dios la que gobierna el mundo, sin perder nada de su independencia soberana nuestro soberano albedrío.....

Y continúo ahora, Señores Académicos. Resplandecen en el augusto tribunal de la Historia los dos grandes atributos de la

Providencia. La BONDAD con todos los procesados y la JUSTICIA que, sin acepción de personas, reparte la pena conforme á la falta y el galardón conforme al merecimiento.

Otro ministerio, más augusto todavía, como voz de los oráculos, confía Dios á la Historia, para que sea, en verdad, maestra de la vida ó profetisa del cielo que nos anuncie los grandes desastres, señalándonos las causas generadoras, para que los evitemos. Juzga el pasado, y lo sentencia. Advierte el porvenir, y lo juzgará y lo sentenciará también.

¡Qué magisterio tan admirable el magisterio de la Historia! ¿Por qué no aprenden aquí los reyes la CIENCIA FÁCIL de hacer felices las naciones? ¿Por qué no aprenden aquí los tribunos el camino recto de hacer grandes y dichosos á los pueblos? Los reyes, sordos á las lecciones de la Historia, se ciegan y se hunden; y sordos á los consejos de la Historia, se enredan en sus propias redes los tribunos. Y como Sísifo desventurado, los pueblos en su eterna infancia, á cuestras el peñasco de los errores ajenos, marchan fatigados por la CALLE DE LA AMARGURA, sin columbrar el calvario de su redención.

Y es tan misericordiosa la Providencia, que pone á nuestro alcance todos los medios de avanzar en nuestra perfección, camino de nuestra felicidad, sin caídas ruidosas, sin extravíos sangrientos. Á vosotros, Señores Académicos, no os espantan las revoluciones, porque las veis venir por sus pasos contados y con el carácter de su naturaleza, y sin cálculo erróneo anunciáis sus desastres. ¿Habla en vosotros el espíritu profético? No os disputo el nombre: habla en vosotros el espíritu de la Historia. Venís sumando las causas de las conmociones públicas, y está en el orden natural que anunciéis la suma de los desastres populares. Computáis en las naciones las fuerzas agresoras y las fuerzas resistentes de su vida pública, y sabéis que es de las más enérgicas la victoria. Las tempestades eléctricas sólo sorprenden á los incautos. El meteorólogo las ve formarse y las previene. Desde el observatorio de Washington, antes que el huracán estalle sobre las playas de nuestro hemisferio, el espíritu del telégrafo nos da el grito de alarma. El meteorólogo asiste al nacimiento de la tempestad. Es un niño inocente el ciclón en la cuna, pero de malas entrañas. El tigre, ni en su primera aurora las tiene buenas. Antes que el niño crezca y ensaye su energía; antes que la nube

se dilate y se condense, y como fiera enjaulada brame en su seno el ciclón y rompa sus ligaduras, la voz profética del telégrafo, rápida como el espíritu, os advierte el derrotero del ciclón, que lleva en la fuerza de sus alas la fuerza de su exterminio: FUERZA CIEGA. Y como fuerza superior la inteligencia humana, no cae el hombre en garras de la fiera. Tiempo vendrá en que luche á brazo partido con el monstruo y le imponga su soberana voluntad y penetre en sus entrañas con la brújula de su inteligencia, y las atraviese tranquilo; y así como le acarician los suspiros del céfiro, le acariciarán los bramidos del ciclón. Las fuerzas mecánicas cederán á la fuerza de la inteligencia. Romperá el hombre la última argolla de su esclavitud, y empuñará con mano firme el cetro de la tierra, sin que turben su reposo más que las borrascas de su alma. Él será su propio enemigo; y del edén del mundo hará un infierno, por cerrar el oído al espíritu de la Historia que resuena en los espacios como la voz de Dios, que nos señala el camino de la felicidad. El telégrafo de la Historia, al anunciarse las tempestades sociales, antes que el monstruo crezca en energía, da el grito de alarma á los reyes, y los reyes no lo oyen. Da el grito de alarma á los tribunos, y creyendo los tribunos que pueden acompañar los arranques del monstruo, lo esperan con júbilo para tener la gloria de refrenarlo; y el monstruo los devora y sigue devorando hasta quebrantar su furia. Entra después la reflexión á reparar las catástrofes de la demencia. ¡Qué lucha, Dios mío, esta satánica lucha humana!

Á la luz de la Historia, yo sé cómo nació la *Reforma religiosa* del siglo XVI. Conozco sus causas, y encuentro ajustados sus efectos. No pudo refrenarla todo el poder de Carlos V. No son un efecto sin causa las tribulaciones de la Iglesia católica. No aplaudo ni censura: consigno hechos.

La *Reforma política* del siglo XVIII es hija legítima de la *Reforma religiosa* del siglo XVI. Nació y debió nacer en Francia. Esas dos Reformas son los dos polos del eje sobre el cual giran todas las tempestades sociales que no consienten reposo ni arriba ni abajo. Por eso nuestro siglo es tan batallador: nació batallando, vive batallando y morirá batallando. Hijo de un mal padre, no es *muy santa* su naturaleza; y si tiene grandes virtudes, tiene mayores vicios. Es mi siglo, y lo acepto con todas sus cua-

lidades. Sabe mucho, y su inmensa sabiduría sólo es comparable á su inmensa desventura. No sabe ser feliz, y se me antoja que la felicidad es el primer problema que debe resolver la sabiduría humana. Si somos hijos de Dios, debemos aprender á vivir como hijos de Dios. Las notas de nuestros progresos me encantan; pero las notas de nuestros dolores me estremecen.

Hoy todos lloramos. Se llora de despecho, de hastío, de desesperación. No hay alegría ni para la infancia, porque hasta el pesar roe el corazón del niño. La mujer, nuestro encanto en la vida, y sin la cual es un páramo la tierra; la mujer, parte noble de nuestra alma, la mujer lleva enroscado á sus entrañas el buitre de Prometeo. La tormenta social se desata furiosa. Tenemos á la mano el barómetro de nuestras desventuras: de las borrascas del alma. La estadística criminal nos da toda la luz que apetecemos para penetrar en el abismo de nuestros dolores. Nadie quiere vivir. Como de un lazareto, todos quieren huir del mundo. ¡El suicidio es el cólera moral hasta en nuestra católica España! Francia, sólo en el año de 1831, cuenta 1.500 suicidios; y 6.500, sólo en el año de 1881. Cuadruplica en cincuenta años el furor del suicidio. ¡Qué progreso! Se mata el pobre y el rico: el adolescente y el anciano: el niño y la mujer. Cuenta sus víctimas la opulencia, y la miseria cuenta las suyas. Y no son un misterio las causas de esta enfermedad que nos deshonra. La higiene moral nos las explica. Las fuerzas políticas son fuerzas muy perturbadoras. Son las fuerzas predominantes del siglo. Sé de dónde vienen y á dónde van. Sé que no consienten reposo al siglo. Y hay empeño en multiplicar esas fuerzas perturbadoras; como si dijéramos, hay empeño en multiplicar nuestros desastres. En ese empeño hay más perfidia que buena intención.

El tratado de París nada *despejó* en la primera guerra de Oriente: nada *despejó* en la segunda guerra el tratado de Berlín.

Según el *tratado* de París, quedaba de tal manera afianzada la paz de Europa, eran *tan sólidas* las bases del tratado, que podían dormir tranquilos los reyes y los pueblos. Tuve entonces la audacia de negar en la prensa de América al *TRATADO* de París toda virtud; como tuve la audacia de negar toda virtud al tratado de Berlín. Y vino allí la guerra de Austria y de Italia, la guerra de Dinamarca y Prusia, la guerra de Prusia y de Austria, la gue-

rra de Francia y Prusia, la guerra de Rusia y Turquía, y vienen andando por sus pasos contados las guerras.....

Sin ser temerario, puedo señalar con el índice sobre el mapa de Europa los pueblos que han de formar la vanguardia de las revoluciones venideras.

No apruebo ni repruebo: consigno apreciaciones. Cuando los monarcas hirieron en la frente á la autoridad católica con el mismo furor con que en Farsalia hirieron en la frente los cesareanos á los soldados de Pompeyo, creyeron ilusos mantener incontestable la autoridad del trono. Cuando los pueblos no miran hacia arriba para elevar una plegaria, miran hacia abajo para lanzar una maldición. Y como el escándalo viene siempre de arriba, va siempre de abajo el escarmiento.

La política del siglo es muy villana, y por eso nos da tantas villanías. La buena fe huyó del mundo, y hasta que no vuelva al mundo no habrá paz en la tierra. La perfidia no funda nada que sea soportable. Y jugamos á quién engaña más y mejor. La fe púnica no sabe ni el *christus* de nuestra mala fe.

Amo la libertad, que es el derecho de hacer cada uno el bien sin limitación.

Amo la igualdad, que es el derecho que tiene cada uno á iguales merecimientos con iguales obras.

Amo la fraternidad, que es el derecho que tenemos todos de alistarnos en las banderas de Cristo; porque caben bajo esas banderas todos los hombres de buena voluntad. Y no odio á nadie, porque los discípulos del Salvador, á imitación del Maestro divino, no deben odiar á nadie. El mundo no conoce modelo como el GRAN MODELO. Nosotros le confesamos DIOS-HOMBRE: otros le confiesan HOMBRE-DIOS: Arrio le confiesa la MÁS PERFECTA DE LAS CRIATURAS. No cabe en la naturaleza humana estirpe igual á nuestra estirpe.

La libertad, la igualdad, la fraternidad de los demagogos políticos y de los demagogos dogmáticos, son las TRES BLASFEMIAS que con airada energía condenaba Donoso Cortés. Al impulso de esas tres blasfemias, en la Europa ilustrada pasarán los gobiernos más vigorosos y los más arrogantes imperios bajo las horcas caudinas de los tumultos populares.

Yo sé que vive vida enferma el imperio ruso: vida enferma el

imperio alemán: vida enferma el imperio austriaco: las tres naciones más formidables del Continente por el poder autoritario.

Sé que vive vida enferma el pueblo francés: vida enferma el pueblo italiano: vida enferma el pueblo español: las tres naciones en que el poder autoritario tiene menos energía.

Sé que el mal es contra la naturaleza: sé que se acerca la crisis del mal; y como el mal es hondo, el sacudimiento será terrible. Graves, muy graves los efectos, porque las causas son graves, muy graves;

«Porque nunca el delito degenera,
Que está en el cielo y en la tierra escrito,
¡Ay! que el delito engendrará delito,
La infamia, infamia; la traición, traición».

Es una locura querer envenenar la vida social, y no querer oír en todos los tonos del despecho el levantado grito de la conciencia pública.

Es digno de la estatuaría, digno de la bendición de los pueblos, el gobierno que en el ORDEN MORAL levanta un grado siquiera la condición de sus gobernados. Y no hay castigo bastante en la tierra para el gobernante que en el ORDEN MORAL hunde un grado siquiera la condición de sus gobernados. La vida y la muerte de los pueblos proceden de las altas regiones sociales. La política, para ser fecunda en bienes, ha de someterse á la moral, como quiere Focion, como quiere la naturaleza, madre que adora á todos sus hijos.

Pido para mis opiniones el respeto que yo guardo á las opiniones ajenas: yo, que respeto hasta la herejía, si hay buena fe en el hereje.

Apreciar y resolver una cuestión social desde la redacción de un periódico, no es apreciarla y resolverla desde las alturas del poder. No es el mismo golpe de vista desde el valle á la cumbre, que desde la cumbre al valle. Luz distinta, criterio distinto si es honrado el pensador: si es tan grande el pensador que no se marrea en las alturas. Desde el solio de Isabel la Católica y de Carlos V, si es águila el pensador, abarca su mirada dos hemisferios, y la redacción del periódico es un punto perdido en la inmensi-

dad. No es traición ver y apreciar de distinta manera las cosas desde distinta altura. Los grandes pensadores crecen, como crece el escenario: lo *llenan* siempre. Al criterio de la patria subordinan el criterio del partido. Sobre todas las cosas, el buen nombre y la integridad de España. Esto no es ser pequeño: esto es ser grande: esto no es apostasía: esto no es traición á ninguna bandera.

Soy partidario de un gobierno austero: de una magistratura respetable: de una autoridad prestigiosa. Cuando se habla en nombre de la patria, debe hablarse como desde la cumbre, y como con la voz de los oráculos: como Moisés á los hebreos: como Numa Pompilio á Roma: como Isabel la Católica á España.

La insolente ambición de los pequeños es la mayor calamidad de un país. Cuando en conflicto Roma por la insolente ambición de los pequeños, siempre venía á salvarla la superioridad de Camilo.

La insolente ambición de los pequeños proscribió á Arístides y mata á Sócrates en Atenas. Devora de amargura en España á Colón y á Jiménez de Cisneros. Mata de dolor en Francia al mariscal Vauban, que había dado á la patria su larga y meritoria vida; y al virtuoso canceller L'Hopital, «nobilísima figura, en la que sus contemporáneos creían distinguir las facciones homéricas de San Jerónimo». Amarga los días de Washington, el Cincinato de América. En Colombia proscribió á Bolívar y mata á Sucre, que son el alma y el corazón de nuestras repúblicas americanas.

Por mi repugnancia invencible á la insolente ambición de los pequeños, que, como vulgo, hacen cosas vulgares, aplaudo á Cromwell, al puritano Cromwell, que disuelve el Parlamento; y APARTADO ESE ESTORBO, da tan gloriosos días á la Gran Bretaña.

Aplauzo á Napoleón, que disuelve el Directorio, que traía atormentada la Francia y escandalizado al mundo.

Y voy á defender á los pueblos á la luz de la Historia, y según la índole del corazón humano, naturalmente buena.

Se dice que los pueblos son viles é ingratos con sus gobernantes. ¡Mentira! Los pueblos son nobles y agradecidos.

A Luis IX le ama en vida el pueblo francés, y en muerte le adora; y como le adora, le exalta desde el trono al altar. A Carlos de Anjou, su indigno hermano, le odia y le maldice el pueblo de Sicilia, hasta el punto de ser las Visperas sicilianas explosión-

de su santa ira. Y ama y bendice el pueblo de Sicilia á su insigne libertador, Pedro el Grande de Aragón.

A Fernando III le ama en vida el pueblo español, y en muerte le adora; y como le adora, le exalta desde el trono al altar. Otro tanto merece Isabel la Católica, Esther del cristianismo. Si España le debe altares, altares le debe el Nuevo Mundo.

Y en nuestros días el pueblo americano ama y bendice la memoria de Washington, y nuestras repúblicas de América la memoria de Bolívar, y el pueblo belga la memoria de Leopoldo I.

Tengan longanimidad los que han hambre y sed de justicia; que la vida no es una bacanal, ni el mundo un burdel. Si los dones del Espíritu Santo no llegan á las regiones del poder, todas las furias fijarán su hogar en aquellas altas regiones, por más altas que sean. Y allí toda amistad será pérfida, toda pompa será fúnebre, todo placer será amargo. Allí habrá para Tiberio cansancio en el cuerpo y hastío en el alma; y para Cromwell sueños agitados y terribles. Y hasta allí llegarán las hordas de Espartaco, como un aviso de la Providencia á los de arriba, olvidados de sus deberes, para recordarles en tono enérgico que los de abajo, también hijos de Dios, saben protestar con su sangre contra toda tiranía, en defensa de sus derechos, bárbaramente arrebatados. No sean insensatos los HÁBILES ni los FUERTES. Todo crimen lleva en sus entrañas la expiación, como toda víbora su veneno. Contra la ley moral es locura toda habilidad, y toda fortaleza es locura. Ahí está la Historia, luz de la verdad, palabra perpetua con que enseña Dios á las naciones las causas de sus alegrías y las causas de sus pesares.

Hácense necesarias las tempestades atmosféricas, como se hacen necesarias las tempestades sociales. Hay grandes y pavorosos estremecimientos en la vida nacional, cuando, como en nido de víboras, se retuercen irritadas las más viles pasiones en las entrañas de los pueblos, y se retuercen irritadas por las abominaciones del poder público.

Los pueblos envilecidos son una plaga para sus mismos envilecedores. Repugnan la gloria de sus varones inmortales, porque esa gloria los atormenta. Nunca más rabioso el vicio que cuando se encuentra cara á cara con la virtud.

Viven la vida de sus próceres los pueblos ennoblecidos. Por

eso es inmortalizar la patria, inmortalizar á sus grandes hijos. Es clásico el patriotismo inglés, porque es pródiga la Gran Bretaña en levantar monumentos á la gloria de sus prohombres inmortales.

Milán levanta un monumento á Leonardo de Vinci.

Weimar levanta el monumento Goethe-Schiller con orgullo de la nación.

Francia decreta los honores de la estatuaria á Bichat, fisiólogo esclarecido.

España á Sebastián El Cano, primer navegante que dió la vuelta al mundo.

Turín á Cavour, maestro de Bismarck.

Los Estados Unidos á Daniel Webster, grande estadista, y á Horacio Mann, insigne doctor en enseñanza pública.

Yo quiero gobiernos honrados para tener pueblos honrados. No soy tan severo como De Maistre, que proclama que el mundo es un inmenso altar, donde todo debe ser inmolado en perpetua expiación del mal, causado por la libertad del hombre.

«La Providencia, que trazó á los planetas órbitas determinadas, no pudo abandonar la especie humana al ciego capricho: antes bien la dirige por medio de un lazo misterioso, en que la LIBERTAD y la PRESCIENCIA se enlazan sin contrariarse». Como la sombra al cuerpo, á los grandes extravíos siguen los grandes dolores, para que el hombre escuche el reclamo de la Providencia y torne al buen camino.

Cuando son dogmáticas mis afirmaciones, es porque las siento dogmáticamente. No peco contra nadie al proceder conforme á mi naturaleza, respetando el derecho de todos, para que todos respeten el derecho mío.

HOMO SUM ET NIHIL HUMANI Á ME ALIENUM PUTO, me enseña Terencio.

¿Con qué título, yo que nací como todos en pecado; yo, que siento mi flaqueza de espíritu, como deben sentirla todos; yo, esclavo del error como todos los nacidos; con qué título me proclamo SUMO PONTÍFICE de la verdad, y condeno SIN DISCUSIÓN el error en el entendimiento del prójimo, cuando ACASO el error anida en el entendimiento mío?

Si se nos ha dado el mundo para discutirlo, discutámoslo,

pero dignamente. Jamás es una razón el insulto, ni tiene razón de ser la soberbia humana. Por mucha claridad que haya en los entendimientos privilegiados, hay más sombra todavía en ellos. Siguen batallando el abismo de la luz y el abismo de las tinieblas: los dos terribles adversarios. Bajo la bandera del cristianismo, la luz ahogará las tinieblas y entrará en la tierra de Promisión la familia humana.

La TIERRA DE PROMISIÓN es la concordia de los pueblos: la armonía entre los gobernantes y los gobernados.

Estudiemos la historia: comparemos las distintas civilizaciones que han ocupado el escenario del mundo: UNA SOLA, con medios sencillos, nos presenta el milagro de hacer de la humanidad una familia. Crea arriba la autoridad, fundada en el amor para los de abajo; y abajo la obediencia á los de arriba, fundada en la gratitud. La doctrina del Salvador tiene, como la verdad, un sello divino, y como la verdad, un carácter eterno. NO HA HECHO UN SOLO DESGRACIADO. A MILLONES HA HECHO LOS FELICES Y LOS SEGUIRÁ HACIENDO. La doctrina del Salvador es la ÚNICA que lleva en su seno la vida: la vida que es honra en la tierra, y ejecutoria para la vida en el cielo.

Augusto es el doble ministerio de la Historia, Señores Académicos. Entra en su jurisdicción el tiempo pasado, y entra en su jurisdicción el tiempo futuro. Como juez incorruptible, la Historia sustancia y absuelve ó condena los HECHOS CONSUMADOS. Profetisa, inspirada en la palabra de Dios, anuncia los HECHOS que palpitan en el seno del porvenir bajo la acción de los hechos pasados y de los hechos presentes. Asiste á la formación de las tempestades sociales, como asiste el metereólogo á la formación de las tempestades eléctricas; y da, como el metereólogo, el grito de alarma; pero no lo escuchan los que viven impenitentes, ni los que viven *preocupados* con los festines de Baltasar: dementes en la demencia del mundo.

La sociedad moderna, como cristiana, es libre y es inmortal. Pero el cristianismo ha de tener dignos intérpretes de su DIVINO FUNDADOR. Han de ser, como el MAESTRO DIVINO, castos de alma y limpios de corazón. Mentirle es crucificarle. Han de llevar sobre sus hombros las flaquezas del mundo; y no echar sobre los hombros del mundo sus flaquezas personales. Han de dar al Cé-

sar lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Es crecer en perfección acercarse al MAESTRO DIVINO; y los que revisten tan alto carácter, Ministros del Señor, tienen el deber de dar á las naciones tan alto ejemplo. A ese precio ha de salvarse el mundo. Duele confesarlo: las principales causas de las tribulaciones de la Iglesia, han salido del seno mismo de la Iglesia; como han descendido de las regiones del poder las principales causas de las perturbaciones públicas.

El DIOS TÉRMINO fué derribado por el progreso, que batalla al calor vivificante del espíritu cristiano, que lleva en su seno la felicidad del mundo. El cristianismo, alma inmortal, realizará el reconocimiento de estas tres unidades: UN DIOS, UNA PATRIA, UNA LEY: última evolución del hombre en su peregrinación por la tierra: supremo esfuerzo del corazón en su amor á la humanidad: supremo esfuerzo del alma en su aspiración al cielo.

APUNTES

ACERCA DE LA VIDA Y POESÍAS DE DON PEDRO MONTENGÓN.



(Conclusión.)

Horaciano también casi siempre por el tono y corte, y bíblico algunas veces, es Montengón en las odas que llamaremos *históricas* por versar sobre acontecimientos y personajes de gran importancia científica ó literaria, militar y política en la vida tanto antigua como coetánea de nuestra patria. A pesar de que sus traducciones de varios cánticos de la Sagrada Escritura, son de bastante precio para aquel tiempo. Montengón está más en su cuerda cuando imita al insigne adulator de Augusto que cuando intenta pulsar el arpa de Sion. Pero el mérito principal de nuestro poeta en esta parte, más bien que en la ejecución, consiste en la elección de los asuntos. Cantar en una serie de composiciones las glorias nacionales, asaz olvidadas por todos nuestros líricos eruditos anteriores, fué propósito tanto más digno de loa cuanto que Montengón le concibió en el destierro y cuando las musas españolas sólo sabían emplearse en juguetes y fruslerías. Bien podemos asegurar que todas las odas *históricas* escritas en castellano en los siglos XVI, XVII y primera mitad del XVIII, no componen un número tan considerable como las que Montengón dió á luz. Era este uno de los grandes vacíos de la lírica clásica española; por lo cual, no exagera mucho el Abate Andrés al decir que Montengón *abrió un nuevo camino* á nuestros poetas, si bien incurre en exageración y no escasa, al calificar sus odas de *sublimes y elegantes* (1).

(1) *Historia de toda la literatura.*

Hay quien sostiene que no hay más verdadera poesía lírica que la de circunstancias, y que por lo mismo la única oda histórica admisible es la que celebra personas y sucesos contemporáneos, pues sólo estos pueden herir la imaginación y excitar vivamente el numen del poeta. La falsedad de este dictamen fácilmente se demuestra con sólo citar, por ejemplo, *El vaticinio de Neveo* de Horacio, y la *Profecía del Tajo* de Fr. Luis de León; *El Festín de Alejandro* de Dryden, y los cantos *Al inventor de la Imprenta*, *Á Padilla*, y *Á Guzmán el Bueno* de Quintana. El poeta de levantado espíritu sabe volar en alas de su fantasía á todos los tiempos y lugares y hacerse contemporáneo de todos los héroes y de todas las generaciones, con la ventaja de que las grandes figuras y acontecimientos de remotas épocas, consagrados por la tradición y la historia, se le representan naturalmente más desprendidos, que aquellos de que es testigo, de la prosa terrenal que suele empequeñecerlos á la vista de quien analíticamente los considera. Pero, aunque fuese sólida la doctrina que impugnamos, todavía no bastaría para justificar á nuestros líricos del siglo de oro por su pobreza en cantos históricos, pues sin necesidad de recurrir á lo pasado, tenían delante de sí infinidad de gloriosas y magníficas hazañas, en ambos hemisferios realizadas por héroes españoles, héroes de la religión y de la guerra, que pudieran y debieran encender el entusiasmo en sus pechos, y arrancar á las líras acentos dignos de la inmortalidad. No fué así por desgracia: el Herrera de los idilios y de los sonetos tuvo más secuaces que el Herrera cantor de D. Juan de Austria y del rey D. Sebastián. Los poetas españoles de aquella edad, generalmente hablando, no creían sin duda que la lira tuviese bastante sonoridad para ensalzar las grandezas de la historia patria; reserváronlas casi siempre á la trompa épica. De ahí el sin número de poemas heróico-nacionales, que entonces compusieron nuestros ingenios. Según habían de escribir odas, escribían poemas. Pero como estos ofrecían por su naturaleza dificultades inmensas, la mayor parte de ellos resultaron mediceres, cuando no detestables. Como, además de malos, eran largos, tenían que fatigar más, popularizarse menos, y ser olvidados primero que lo habrían sido composiciones líricas de los mismos autores á idénticos asuntos. Las famosas canciones de Herrera todavía nos conmue-

ven y exaltan con el recuerdo de los triunfos y desastres de las armas cristianas. ¿Quién lee ya, fuera de algún curioso, *La Austriada* de Rufo, *La Carolea* de Samper, *El Carlo famoso* de Zapata, *La Bética conquistada* de la Cueva, y tantas otras epopeyas *ejusdem furfuris*, sin excluir *La Araucana* de Ercilla, á pesar de su indisputable mérito? ¡Cuánto mejor no habrían logrado estos poetas sus patrióticos fines, si hubiesen reducido sus poemas á las dimensiones de odas, siendo de este modo más probables los aciertos y menos grandes las caídas!

Más acertado camino eligió Montengón, quien, evocando con la lira las sombras de nuestros ínclitos mayores, obedecía al espíritu de su siglo y nación mejor que ningún otro poeta español de aquella época. España, reducida tras siglos de esplendor y poderío á la mayor postración y abatimiento, al reconocer su miserable estado y tratar de recobrarle, hubo de buscar instintivamente en lo antiguo, franqueando la cegada corriente de sus gloriosas tradiciones, el motor principal de los nuevos progresos que se proponía realizar. Este retorno hacia lo pasado, significado, entre otros hechos, por el establecimiento de las Reales Academias Española, de la Historia y de San Fernando, y por los inmensos trabajos de erudición que á su sombra se emprendieron, refléjase claramente en las odas históricas de Montengón, con las cuales se dan la mano aquellas en que canta hechos, productos, regiones, montañas y ciudades de América, respondiendo al general interés que á la sazón inspiraba en Europa la suerte de los pueblos ultramarinos. Merece á este propósito mencionarse la titulada *Agüero contra la contrata de negros*, cuyo generoso espíritu tanto honra á Montengón. ¡Desgracia grande que aun hoy tenga oportunidad!

Si en las odas históricas, cantando lo pasado como raíz de lo presente y de lo futuro, Montengón concuerda perfectamente con el sentimiento general de España por aquellos días, en las *filosófico-sociales* (valga este nombre á falta de otro) aparece explícito y fiel intérprete del fecundo afán de reformas económicas y de mejoras materiales que reinaba en toda Europa, y que constituye el lado brillante del siglo XVIII. Pide á la Historia el espíritu y á la Economía el cuerpo de la nueva sociedad española. Así ensalza y pondera Montengón, conforme á las ideas y tendencias de

su tiempo, todos los grandes principios, todos los grandes elementos económicos, en que estriba la prosperidad y riqueza de los pueblos, regocijándose con el renacimiento de la industria y de la agricultura nacionales, que personifica en Campomanes, después de haber lamentado su decadencia, nacida, según él, de la conquista y descubrimiento de América. En todas estas composiciones se revela el espíritu que animaba á las sociedades de Amigos del País en el reinado de Carlos III. De la dirigida *Al Conde de Campomanes*, ya hemos copiado un trozo por demás expresivo. No lo son menos las siguientes estrofas, de escaso valor literario por cierto, con que termina.

Vimos de esta manera
 La industria, por ti sólo renacida,
 Infundir alma á la nación ibera,
 Y disipar las toscas prevenciones
 De vanas opiniones,
 Trocar la tierra estéril en florida,
 Y de hacer en todas partes
 Renacer el trabajo con las artes.
 Con estas, dilatados
 Vemos por ti también de la labranza
 Y comercio los frutos; y animados
 Todos los pueblos de la misma llama
 Del celo que te inflama
 Del patrio amor, serán de tu alabanza
 Vivientes monumentos,
 Heredando tus patrios sentimientos.

El mismo espíritu, aunque por diverso modo, resalta en la oda *Al Potosí*, donde, mostrando á grandes rasgos las causas del enflaquecimiento de la nación en el siglo XVII, dice, no mucho más poéticamente, salvo uno ú otro verso:

.....
 Vieron ya satisfechos
 De nuestra antigua gloria los rivales.
 Sin armar sus cohechos,
 Nacer funestos males
 De tu lóbrego pecho, y la pobreza
 Seguir con pie desnudo á la riqueza.

De esta fuente dimana
 La pena que lloramos; el ibero,
 En tu riqueza vana
 Creyendo de ligero
 Cimentar su fortuna, *por el oro*
 La industria desdeñó del sabio moro.

Vido Ceres llorosa
 Proscrita de sus campos la labranza
 En tabla ignominiosa,
 Y en orgullosa holganza
 Desdeñó el labrador, de pica armado,
 La paterna rastrera y el arado

 Ceñir quiso con oro sus sudores.

Pero luego de Midas
 Verificó la fábula, y sus cuentas
 Le salieron fallidas:
 El oro de sus rentas
 Fué á parar á la industria forastera,
 Que dejó pobre á la nación ibera.
 ¿Qué pretendes, Thalía,
 Si despertamos ya de nuestro engaño?
 Refrena tu osadía:
 Vimos, vimos el daño
 Cuando, agotada la fatal riqueza,
 Con voto ennoblecimos la pobreza.

En la misma fuente de amor patrio y de entusiasmo por la civilización, encontraba el poeta acentos de aplauso para ensalzar *Al Conde Aranda*, no obstante sus relaciones con los enciclopedistas. Después de decirle que había *infundido un alma nueva* al pueblo español, canta:

Quedaron sepultadas
 Las toscas prevenciones,

 Pues á la gloria ibera se oponían;
 Y, émulos de la luz de otras naciones
 Que antes con su desprecio nos cubrían,
 Se alzaron como soles
 Los genios españoles,
 Precedidos del tuyo á quien venera
 La Europa como á sol de nuestra esfera.

No se atribuyan á filosofismo este y otros rasgos semejantes de Montengón. Son hijos del espíritu de fomento de aquel tiempo, que, aunque solía andar mezclado y confundido, como realmente lo estaba en el Conde de Aranda, con el de Voltaire, no era inseparable de él, puesto que animaba á varones tan sabios y cristianos como Jovellanos y el Abate Andrés, por no citar otros muchos igualmente enemigos de las ideas irreligiosas que del centro de Francia se esparcían por todo el mundo. Prueba evidente de que Montengón figuraba en este número, la tenemos en un pasaje de el *Mirtilo* (1), que nos parece oportuno extractar aquí, no obstante su rastrero estilo, por su interés histórico.

«Iban juntos Mirtilo y Silvanio, como lo tenían de costumbre, hablando amigablemente de las especies que les iban ocurriendo, cuando al bajar una pequeña cuesta para entrar en un espacioso valle con su ganado, vieron que la subía un caballero andante, que tal se les antojó por su extraña figura. Llevaba empuñada una larga lanza, estando montado sobre un recio frison, que, así él como el caballero, en su extraño traje indicaban que no eran de la tierra, aunque su vestido parecía en parte al antiguo español.

»Confirmó en la formada opinion á los dos zagales el mismo caballero, cuando llegó á encontrarse con ellos; pues les dijo, en una especie de jerga, que solo entendian por discrecion, encarándoles él mismo la lanza: *Tratenedes; porque si non, os infizarei como os figos: ¿Quieines sois voisotros, cabailleiros de las Castei-llas?*

» Mirtilo le respondió: Sí, señor, somos caballeros de Castilla, aunque sin frison y aunque nos vea con el cayado en las manos. ¿Qué se le ofrece á vuestra merced?

» *Que me digaides*, replicó él, *si potrei encontrare quaiqueídunas noivas SUPERSTICIOINES QUI DISFAICER en la tierra*. Mirad con qué nos sale, dijo impaciente Silvanio, este don botija, ó don cuero: ¿si hay supersticiones que deshacer en la tierra? Mirtilo, que echó de ver que se le encendia el enojo al caballero por el reniego de Silvanio, lo pretendió apaciguar, preguntándole si era

(1) Páginas 216, 217, 218 y 219.

por ventura DESFACEDOR DE SUPERSTICIONES, como D. Quijote de tuertos. *Sí*, dijo él, aunque no del todo sosegado; *e iai porto des-faitas algunas; mas son pequeññas, e ando buscaíndo oitras maiiores.*

»Mirtilo, curioso de saber los disparates que habia podido cometer, le preguntó: qué suspersticiones eran las que habia deshecho. El caballero muy serio sobre su frison, le respondió: *Hai quitaido a dos hermintaños las alforjais, e lois hei mandaido a trabaijare. Hou trovato a dous mendicos, que andaivan a cursaire las ciencias, e lois hou mandaito á buscaire un' oificio. Hou trovato.....*

»Iba á proseguir el caballero; mas Silvanio, perdida la paciencia, lo interrumpió diciendo: ¿Y no podremos saber, qué casta de pájaro sea vuestra merced, señor don mo jiganga? Oido apenas esto por aquel fantasma, se enciende en cólera y, embistiendo á Silvanio con lanza, le dijo: *Foillon mal criado.* Pero Silvanio, que ya temia aquella embestida, por lo que le dijo, le ganó la accion, cuando iba á terciar él la lanza para acometerlo, descargándole un gran golpe con el cayado, que viniendo á caer sobre el pescuezo del caballo, se azoró este tanto..... que apretó á correr furiosamente cuesta arriba, llevándose al montado caballero, de modo que parecia que llevase demonios en la cola».

El caballero andante cuyo lenguaje acaba de ver el lector, y que acaso haya sido el primer boceto de *El Quijote del siglo XVIII*, de Siñeriz, es evidentemente un enciclopedista, del cual no menos evidentemente se burla Montengón, personificando en él la manía de la época.

Se ve, pues, que si Montengón canta entusiasmado los progresos económicos de su siglo, está muy lejos de aceptar, conscientemente al menos, las tendencias volterianas que, á vuelta de ellos, tomaban impulso en ciertos países y entre ciertas gentes. Pero si las miras y propósitos de Montengón en sus composiciones líricas son tan nobles y elevados, si en el fondo de ellas es tan loable como hemos visto, ¿podrá decirse otro tanto de su disposición artística y de las cualidades de su estilo? Hay regularidad en sus planes, pero les falta grandeza y vida. En las estrofas cortas, como en ellas concentra más su pensamiento, da más vigor á la frase que en las largas, donde peca de verboso y lán-

guido en extremo. Esto último es lo más frecuente. De colorido poético, de esa magia que caracteriza el estilo de los verdaderos vates, nunca está muy sobrado. Efecto de todas las reacciones; por huir de la hinchazón y vana pompa de Silveira y Oejo, da en el extremo opuesto, aproximándose á la aridez de los Iriartes y Arroyales. Por otra parte, siendo condición esencial del buen estilo ese ritmo misterioso é indefinible que resulta de la íntima compenetración del pensamiento y de la palabra, forzosamente había de resentirse el de Montengón de lo mal que poseía el idioma, no menos que de la imitación á que se sujetaba, máxime cuando, según dijimos ya, ni su fantasía, ni su sensibilidad eran bastante poderosas para fundir y asimilarse elementos extraños. Por eso resalta poco la personalidad de nuestro autor, apareciendo vagamente, como borrada y desleída, en sus poesías. Encontramos en estas, sin embargo, acá y allá esparcidos, rasgos felices que dan motivo para creer que Montengón, en mejores circunstancias, habría alcanzado regular altura como poeta, no la de Gallego y Quintana, pero sí la de Lista y Reinoso. Algunos habrá notado ya el lector: las siguientes vendrán á corroborar nuestro juicio en esta parte.

Como expresión de magnánima entereza y abnegación, nos parecen muy dignos de alabanza, no obstante cierto alambicamiento de concepto, aquellos versos que pone en boca de Guzmán el Bueno:

A la *patria* lo he dado;
Pacte con ella moro, no conmigo,

siquiera la palabra que va de cursiva no sea quizá la más propia, atendida la época en que se supone pronunciada.

Celebrando las hazañas del ilustre marino D. Antonio Barceló, dice:

Sobre el ala llevado
De los airados vientos, semejante
Te ve el mar enojado
Al temible Tonante.

.....

Tu nave, victoriosa
De los rencores de la mar y el cielo,

Parece ser la diosa
Del ansiado consuelo.

.....

No menos elegantemente compara el estilo de D. Esteban de Arteaga, pintándole:

Cual caudaloso río
Que con rápido curso se encamina
Hacia la mar vecina,
Tendiendo su raudal con murmurio,
Entre amenas riberas
Asombradas de selvas placenteras.

Aun más bella y original es esta otra comparación de la oda
Á Licinia:

Como medrosas aves
Seguidas del milano,
La mar batían las egipcias naves,
Huyendo del romano.

.....

Notable por su delicadeza é intención es asimismo el siguiente
símil que hallamos en la poesía dirigida *Á Taliarco* sobre la traición y falsía de Nerea:

..... la risa amena
De su hechicera boca
A la del mar en calma parecía.

Para consolar *A Hermenesinda* de la esquivez de su amado, le recuerda la suerte de Ariadna, abandonada por Teseo, y concluye con esta estrofa enteramente horaciana:

¿No ves esas estrellas
Que brillan en el cielo?
Son su corona: transformado en ellas,
Diciendo está á tu duelo,
Que si Eurito te deja,
Más digno amante acallará tu queja.

Finalmente, el filosófico pensamiento, *palida mors equo pulsat pede regumque turres pauperumque tabernas*, de tan varios modos expresado por Horacio, le formuló Montengón—*A Emirena*—en estos términos:

Con la misma guadaña
 Con que siega la muerte
 La humilde planta y heno de los prados,
 Cercena en la montaña
 La carrasca más fuerte
 Y los cedros al cielo encaramados.

Algunas otras estrofas de igual mérito podríamos entresacar de las rimas de Montengón, principalmente de los idilios, aunque no muchas; versos aislados, muchísimos; composiciones enteras, tal vez ninguna. Entrevió, como su siglo, la poesía; pero, lo mismo que él, sin llegar á ver y sentir de lleno sus ideales encantos. Por eso no hallamos en sus obras nada perfecto y acabado, y si tan sólo atisbos de belleza, ráfagas de inspiración desvanecidas entre trivialidades y lugares comunes, arrebatos de falso entusiasmo y mal hilvanados períodos. Montengón, sin embargo, siempre tendrá, sobre sus contemporáneos, la gloria de haber puesto su ingenio al servicio de la humanidad y de la patria, combatiendo la esclavitud, impulsando, en cuanto le era dable, los adelantamientos sociales, y ensalzando el heroísmo y todas las virtudes cívicas, en tanto que ellos, con mayores dotes poéticas, con más elegantes formas, apenas sabían traspasar el estrecho círculo del gabinete ó de la corte, casi del todo ajenos al movimiento general de los hechos y de las ideas. Todos concurrían, empero, aunque por tan distintas sendas, á los progresos del arte; todos, cada cual en su línea, preparaban la aparición de más brillantes astros en el cielo de la poesía española; ellos perfeccionando los medios de expresión, el estilo y el lenguaje, Montengón pidiendo á la filosofía y la historia la materia de sus cantos. ¿Qué le faltaba, después de esto, á nuestra poesía para ser verdaderamente grande? Faltábale tan solo juntar en un mismo sujeto, con el fuego del cielo, las bellezas de la elocución y la magnitud y trascendencia de los asuntos. Meléndez, primero, y Quintana más adelante, vinieron á realizar esta fusión en sus magníficas composiciones, poniendo á la antes abatida musa castellana en el alto camino de la inmortalidad.

EN ELOGIO DEL EMINENTE POETA D. JOSÉ SELGAS.

SONETO.

Rica fragancia de tu voz exhalas,
Que al cielo llevas, perfumando el viento,
Y puro, cual la luz del firmamento,
Tu canto al de los ángeles igualas.

Allí, al vestirlo de floridas galas,
Te da el Señor con soberano aliento
Del ave más sencilla el blando acento,
Del ave más audaz las recias alas.

Cuando á la tierra por su bien te asomas,
El vuelo de las águilas dominas,
El arrullo te envidian las palomas,
Y las flores te dan suaves y finas,
En el idilio dulce, sus aromas,
Y en la sátira amarga, sus espinas.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

La nueva forma en que la sabiduría, siempre providente del Sumo Pontífice, ha ordenado la proyectada peregrinación á Roma de los católicos españoles, despojando á este acto religioso del carácter político que, contra la expresa voluntad de nuestro Santísimo Padre, y aun acaso contra el propio interés de sus iniciadores, habia llegado á darle la opinión pública, le coloca á tan elevada altura como conviene á su propia naturaleza y á los fines de piedad y religiosidad que con él quieren conseguirse.

No conocemos, ni creemos que exista mayor peligro, entre los que amenazan, por desgracia, á nuestra augusta Religión en esta época de general indiferencia, de universal y científico descreimiento, que convertirla involuntaria ó intencionadamente en un partido político con las leyes estrechas, con la suspicaz disciplina, con las jefaturas personales, por altas y respetables que sean, propias de todos los partidos, y singularmente de los partidos políticos españoles.

¿Qué mayor y en apariencia más legítimo pretexto puede darse al indiferentismo, cuando no á la impiedad, que el de confundir ciertos y determinados ideales políticos, por grandes, por respetables que parezcan, pero ideales puramente humanos, y por tanto, sujetos á los errores, desfallecimientos y condición terrena y transitoria de todo lo humano, con la verdad eterna, con el dogma invariable y absoluto, con todo aquello, en fin, que es condición perpetua de existencia para la Religión y para la Iglesia?

Si es verdad que no hay más que *una* política católica, no por eso es cierto, ni sería bien decirlo, aunque lo fuera, que sólo un partido político de los que *hoy* existen la posee y la practica.

La Iglesia, hablando como maestra de los hombres, se ha limitado, con sabiduría infinita; á trazar las grandes líneas en que esa política se encierra ó debe encerrarse: mejor dicho, ha fijado los límites que la política no puede franquear, si ha de ser tal política católica; y si bien es por todo extremo digno de aplauso y de alabanza que los hombres, en sus combinaciones y acuerdos, procuren ajustar sus planes de gobierno á tales preceptos, darán sensibles pruebas de vanidad y orgullo al creer que ellos solos son capaces de comprenderlos y aplicarlos, ó al afirmar que nadie ha encontrado ni encontrará nunca mejor fórmula que la suya de reducirlos á la práctica.

Tal propósito sería dar armas á la revolución, en vez de quitárselas. La revolución, que no hubiera sido en el mundo sino un error más, á no haber encarnado en las instituciones políticas, ha demostrado con infernal sagacidad que para ella todas las políticas son buenas, y todas las formas de gobierno aceptables, con tal que sean suyas. Su trabajo, su lento y pacientísimo trabajo nos demuestra con cuánto empeño se ha aplicado á disgregar, á separar, una á una del árbol secular de la fe, todas las ramas que con provecho propio podía trasplantar á su campo.

La hemos visto apoderarse poco á poco de sociedades enteras, de clases gobernantes, de jerarquías poderosas, la hemos visto y la vemos dominar, influir y hasta enseñorearse en los mismos tronos; y para combatirla libremente, para deshacer una á una sus celadas y tomarla sus posiciones, ¿será buena táctica encerrarnos estrechamente en el molde más estrecho que han inventado los hombres de esta mezquina edad, en el molde de un partido político, por grande, por fuerte, por popular que sea?

No: no es así como la revolución nos ha ganado tantas batallas. Si la revolución no hubiera sido más que un partido, no hubieran faltado partidos que la combatieran, y alguno la hubiera vencido.

Lo que la dió el triunfo, no fué ni el imperio de sus armas, ni la pericia de sus jefes, ni lo sólido de su organización; fué su espíritu, que todo lo había invadido y todo lo tenía minado; su espíritu, que, sin saberlo, latía en el corazón y en las conciencias de sus mismos enemigos, y aun acaso, acaso de sus propias víctimas.

Y entiéndase que con esto, ni condenamos, ni negamos importancia á la buena política, ni, cegados por espíritu pesimista, la ponemos al nivel de la mala. Afirmamos solamente que la política, que puede mucho, no lo puede todo; que las ideas grandes y nobles, y que hacen camino en el mundo, pueden vivir y prosperar y transformar profundamente las sociedades y los pueblos, sin encarnarse en ninguna fórmula política; que las formas, y las doctrinas, y los organismos políticos pueden en ocasiones ser órganos legítimos y agentes eficaces de la Verdad absoluta, pero que no son nunca la Verdad absoluta, y que si es conveniente que haya un partido religioso, es perjudicial en alto grado que la Religión se haga política.

Parecerá pueril que insistamos en tan triviales y vulgarísimas consideraciones sobre un punto que, á los ojos de la buena crítica, parece fuera de discusión. Pero, por desgracia, escribimos para un país, en el que llega á tal extremo el vicio de la discusión, que durante un mes seguido se ha estado discutiendo en serio sobre este tema.

¿Es conveniente ó perjudicial á los intereses generales del Catolicismo, y á los particulares de la Iglesia española, que una manifestación pura y exclusivamente religiosa, pueda fundadamente calificarse de manifestación pura y exclusivamente política?

Por fortuna, la discusión ha cesado, como no podía menos de cesar, si bien es doloroso que el tiempo que se ha gastado en ella no se haya empleado desde un principio, interpretando rectamente la palabra del Papa, en juntar voluntades y aunar fuerzas para llevar á Roma, bajo la guía de sus Pastores, una numerosa, entusiasta y unánime representación de lo que es en España, á despecho de la revolución y de los partidos que viven á su sombra, el sentimiento religioso y el amor á la Iglesia y á su excelso Pontífice.

El asunto que perezosamente se ha deslizado al lado del de la romería, durante la quincena, sin lograr hasta el presente un desenlace tan satisfactorio, ha sido el del Sindicato.

Con su aparato republicano, ó por lo menos tribunicio; con su ropaje, más ó menos teatral, de manifestación clásica, los Síndicos del Comercio han subido con valor al Saladero, que es, como si dijéramos, una Roca Tarpeya á la moderna.

Allí les sitiaria por hambre el Sr. Camacho, á no impedírsele la piedad generosa de sus comitentes, que han cubierto su camino de flo-

res retóricas y naturales, de coronas de laurel, y hasta, si hemos de creer á *La Correspondencia*, de succulentas y sabrosísimas provisiones.

Otra cosa impide al Ministro de Hacienda ultimar contra los Sindicatos sus medidas rigurosas, y es la voz angustiada de su compañero y jefe del Gabinete, que exclama con dolido ante una comisión del Círculo Mercantil:

«¡Os hemos dado la libertad, y nos queréis impedir su ejercicio!...»

Voz de la conciencia, á que responde Maltrana desde el Saladero con la entereza de un romano:

«Ó con la libertad, ó con las tarifas».

Pero no hay que dudarle; la libertad ha de triunfar de alguna manera, el conflicto tiene que resolverse, y resolverse mal, ó lo que es lo mismo, tiene que caer forzosamente del lado á que desde un principio se ha inclinado: del lado de la libertad.

Entretanto, y mientras se entienden los industriales acerca de la mejor manera de pagar el subsidio, la contribución territorial se cobra con arreglo á las antiguas tarifas; es decir, á razón de 21 por 100; y si algún propietario ó colono se resiste al pago, ingresa individualmente en la cárcel del partido, sin flores, sin discursos y sin víveres..... sin más corona que la corona del martirio.

Pero no hay que apurarse, la Bolsa baja, poniéndose los valores públicos al alcance de las más modestas fortunas. Todos, los profanos y los enterados, los sumos Sacerdotes y los simples mortales convienen en que sin motivo aparente, pero el hecho es que baja.

Nadie se atreve todavía á murmurar del Ministro de Hacienda, á quien hace poco se presentaba como un prodigio de habilidad y de energía; pero sin que se murmure, hay mucha gente que empieza á sospechar que acaso ha hecho ya bastante, iniciando con mano vigorosa las reformas financieras, y que toca á otros el modesto papel de plantearlas.

¿Serán ciertos los rumores de modificación ministerial que daban por segura la salida del Sr. Camacho, la entrada en su departamento de D. Venancio González, y la combinación completa, mediante la cual se calmaría, con sendas carteras, el patriótico ardimiento de los señores Gullón y Navarro Rodrigo? No cabe duda que esto refrescaría al Ministerio, á quien la cuestión del Sindicato y otras varias cuestiones interiores y externas han hecho ya perder su primitiva lozanía, ni tampoco es dudoso que le aseguraría en el Parlamento algunos votos que ha de necesitar en esta su segunda campaña; pero también es cierto que el Sr. Sagasta ha manifestado siempre gran oposición á los remiendos ministeriales, sin duda por participar de la opinión de aquel sastre que hacia pagar las composturas como una prenda nueva, fundándose para ello en que las prendas se hacen á la medida, y los remiendos hay que echarlos á ojo.

Y entiéndase que no llevamos el símil hasta pretender demostrar que los Ministros á ojo son peores que los Ministros á cala.

Porque calado estaba ya el Sr. Camacho, y nos ha puesto á todos como nuevos.

Una importante reforma, emanada del Ministerio de la Guerra, ha demostrado al país que el General Martínez Campos no perdía el tiempo cuando se entregaba en pleno Parlamento á la inocente é infantil tarea de confeccionar pájaras de papel.

El Ministro de la Guerra maduraba entonces un proyecto que se ha convertido ya en ley. La creación de una Dirección nueva en el departamento de la Guerra.

Esa Dirección se llamará de Instrucción Militar, y á su cargo ha de correr todo lo concerniente á estudios generales ó de aplicación de la milicia.

La medida, como todo lo que tienda á dar unidad y cohesión á los servicios administrativos, ha producido en la opinión muy buen efecto.

¿Es compatible, sin embargo, con la existencia y actual organización de las demás Direcciones, con la independencia que en cierto modo gozan los cuerpos ó institutos del ejército, y en especialidad los cuerpos privilegiados que de ellas directamente dependen? ¿Puede el Director de Instrucción militar tener la libertad necesaria para nombrar y separar libremente á los profesores facultativos, y utilizar con toda independencia indistintamente en cada escuela los oficiales más aptos para el desempeño de cada asignatura? Muchos lo dudan, y abona la legitimidad, ó por lo menos la verosimilitud de esta duda, el hecho muy significativo de que á la creación de este nuevo centro Directivo no ha acompañado como era de esperar el establecimiento de un centro común de enseñanza para todos los militares, que esto y no otra cosa debiera ser la Academia general militar creada también recientemente, pero no con la extensión y alcance que los reformistas esperaban.

Limitado el proyecto á la creación de una escuela que solo da completa la enseñanza de infantería que se amplía con algunas materias, considerándola como tipo de la enseñanza militar, y siendo necesarios para las demás armas los llamados estudios de aplicación que se seguirán dando en las academias militares existentes, ni se resuelve con él el problema de la unificación de procedencias, ni el de la colocación de los sargentos, ni se modifica la existencia y servicio del llamado de Estado Mayor, ni se provee á la necesidad de equiparar en derecho y en ascensos á todos los oficiales que ingresen en el ejército, toda vez que los oficiales de caballería, por ejemplo, invertirán igual número de años en salir á alféreces, que los de artillería ó ingenieros en salir á tenientes. En resumen, los proyectos del Sr. Ministro de la Guerra, son una rueda más en el mecanismo militar, pero el mecanismo sigue el mismo.

Lo mismo también poco más ó menos seguirá la prensa después de la reforma del código en la parte que á los delitos de Imprenta hace referencia. Por ahora los mismos tribunales aplicarán las penas que se modificarán muy sobriamente según ha prometido el Sr. Alonso Martínez en la reunión á que convocó á los Directores de varios periódicos. Parece que no se introducirá en el código otra reforma que la de suprimir el periódico en ciertos y determinados casos: como si dijéramos, la pena capital aplicada en efigie.

Desde el próximo Enero ya será otra cosa. Esta y otras penas las aplicará amablemente la benéfica mano del Jurado que para aquella fecha florecerá entre nuestras instituciones Jurídicas.

¿Cómo fallarán unos jueces de hecho acerca de la penalidad que hay que aplicar á los que tienen la misión y el oficio de desfigurar los hechos á su gusto?

¿Cómo apreciará el Jurado los puntos de doctrina de un artículo sobre filosofía alemana, la intención política de una miscelánea de *El Imparcial*, ó con qué independencia podrá juzgar las doctrinas y juicios de sus periódicos favoritos?

El Jurado aplicado á la prensa, ó es la impunidad más absoluta, ó la tiranía más espantosa.

Que la sociedad vaya resignándose á lo primero ínterin la pasión política y los sucesos que desgraciadamente han de sobrevenir van lentamente preparando lo segundo.

Nada nuevo ha ocurrido en Francia. El gobierno, cediendo como siempre á la presión de sus propios amigos, se ha mostrado severo en el cumplimiento, un momento acallado, de los decretos de expulsión de los Religiosos. El Gabinete que preside Mr. de Freycinet, ha dado en diferentes ocasiones formales palabras de que sabrá ajustarse al espíritu de intolerancia y persecución que es propio de la idea republicana.

Fuerte en el interior con los católicos, en todo lo demás la gran república ni siquiera disimula su debilidad y flaqueza, y la frialdad de sus relaciones con Italia, por efecto de la cuestión de Túnez, la hace proceder con estudiada modestia, muy semejante al miedo, en todos sus negocios internacionales, y singularmente en el que hoy por hoy ha de ser decisivo para su influencia, como nación de primer orden; en la cuestión de Egipto. Reducida á la insegura amistad de Inglaterra que como ella procura una intervención en el Keditivo, ha visto cerrado el paso á sus ambiciones interventoras, por la intervención colectiva de los Gobiernos de Berlín, Viena, San Petersburgo é Italia, y á remolque, y contra su voluntad; ha tenido que aceptar la idea de una acción común de todos los Estados Europeos, fórmula con que se procura mantener á falta de otra cosa, el ya insostenible estado del Egipto después de su ruptura casi decisiva y completa con el Imperio Otómano.

Las operaciones militares del ejército austriaco contra los insurrectos de Crivosquia y la Herzegovina, están paralizadas á causa de las nieves; pero estas no impiden que la propaganda separatista atizada por jefes de prestigio, cunda y se extienda por aquellos territorios.

Los periódicos Rusos despojan de toda importancia el discurso de Skobelev, el que aseguran se han complacido en exagerar los periódicos ingleses y franceses. Uno de ellos llega hasta á afirmar que si dicho general hubiera pronunciado las palabras que se le atribuyen, Rusia se resignaría á perder uno de sus mejores generales, antes que amparar al que ha comprometido con palabras imprudentes la paz de las grandes potencias amigas del Imperio Moscovita.

El proyecto de abrir una información parlamentaria sobre la aplicación y los efectos de la ley agraria aprobado por la Cámara de los Lores, encuentra en el Gabinete que preside el liberal Gladstone una oposición muy semejante á la producida, respecto á la aprobación de las leyes de la desdichada Irlanda, por los diputados obstruccionistas ú obstrutores.

El Gobierno declara en la alta Cámara que no tomará parte en el nombramiento de la comisión, y en la de los Comunes que considera tal información, no sólo como innecesaria, sino como perjudicial á la nueva ley, y á los intereses de la Administración inglesa en Irlanda. ¿Determinará esta actitud del Gobierno para con la alta Cámara una crisis total del Ministerio? Lo probable parece que la diferencia se

transija, que los conservadores admitan la transacción y que la pobre Irlanda la pague.

La prensa revolucionaria Italiana, continúa comentando á su modo la admirable carta de Su Santidad, dirigida á los Obispos de Italia.

Nos falta espacio y tiempo para ocuparnos de este importantísimo documento, en el que los italianísimos no quieren ver más que la confirmación Pontificia de las instrucciones del Duque Salviato relativas á la inscripción de los católicos en las listas electorales políticas.

Pero los italianísimos, preocupados con este solo aspecto de la cuestión, que es el único que por hoy más vivamente les interesa, no ven, ó aparentan no ver, que la carta de Su Santidad no solo abraza ese punto importante sin duda alguna, sino que, después de señalar con espíritu general y comprensivo los principales caracteres de la impiedad y de la irreligión, ya examinadas en sí mismas, ya aplicando su acción deletérea á las sociedades y á los Estados, traza un plan vastísimo y completo de lo que debe constituir principalmente la vida social y pública de los católicos italianos. El sabio Pontífice que hoy rige la Iglesia conoce á fondo la enfermedad de que adolece su época y aplica el remedio más eficaz para curarla.

Del Estado, de la sociedad, de la familia, se ha borrado, ó por lo menos se ha desvanecido y confundido en parte la idea cristiana, y ni trastornos, ni revoluciones, ni ejércitos, ni Reyes podrán restaurar Estados, ni sociedades, ni familias, mientras el espíritu cristiano no se restaure por el ministerio de aquellos que puso Dios para gobernar las almas y dirigir las conciencias.

Lo decíamos al principio: la revolución ha matado el espíritu cristiano; á la Iglesia toca, llevando su acción eficazísima á todas las esferas, edificar allí donde la revolución ha destruido.

SANTIAGO DE LINIERS.

MISCELÁNEA.

PEREGRINACIÓN Á ROMA.

No hemos tenido que arrepentirnos de haber sido tan sobrios, en todo lo que á este punto hacía relación. Adrede guardamos casi absoluta reserva. Limitámonos á decir en breves frases aquello que nos exigía nuestra propia conciencia, y volvimos á nuestras tiendas, con la satisfacción que trae el deber cumplido, pero llenos de profunda tristeza á la vista de tanta confusión y esperando con ansia que viniera la luz. La luz ha venido, desde el momento en que el Papa ha hablado. El Emmo. Sr. Cardenal Moreno ha recibido la siguiente carta, que le ha escrito el Emmo. Sr. Cardenal Jacobini en nombre de Su Santidad:

«Emmo. y Rmo. Señor mío afectísimo.—El entusiasmo general con que fué aceptada la idea promovida por los Sres. D. Cándido y D. Ramón Necedál de una peregrinación nacional de la España católica, daba fundadas esperanzas de que tal manifestación de fe y adhesión á la Sede Apostólica había de ser sobremanera espléndida y numerosa.—Mas, por una parte, el mismo concurso de un número extraordinario de peregrinos en Roma suscitó en las actuales circunstancias preocupaciones y temores.—Por otro lado, las disensiones surgidas en algunas diócesis sobre la formación de las Juntas organizadoras y la época de la peregrinación, pudieran hacer creer que faltase en ella la plenitud de unanimidad y concordia que constituye la fuerza y el esplendor de estas manifestaciones religiosas de la gran familia católica.

»Atento, pues, á tales consideraciones, Su Santidad, mientras alaba el celo desplegado por los promovedores y organizadores de esta obra católica, y manifiesta todo su reconocimiento á cuantos querían cooperar á ella, se ha dignado indicarme que se podrían remover las dichas dificultades, sustituyendo la romería nacional con peregrinaciones regionales, organizadas bajo la dirección de los Obispos de cada región, quienes vendrían á Roma sucesivamente conduciendo á sus diocesanos. De esta manera cesaría todo motivo de disensión; y los que estaban prestos á unirse á la gran romería, tendrían á su vez ocasión de dar al Padre Santo esta prueba de afecto y de amor filial. V. Emma.

se servirá dar conocimiento de estas ideas y pensamientos de Su Santidad á los Obispos y á los promovedores de la peregrinación; así como de entenderse con los respectivos Prelados para determinar las diócesis que han de formar parte de la primera romería regional y el orden con que la seguirán las demás.—En la seguridad de que V. Emma. pondrá el mayor interés en corresponder á los susodichos deseos, me honro en reiterarle los sentimientos del más profundo respeto, besándole humildemente la mano su afectísimo y devotísimo servidor.—*L. Cardinal Jacobini*.—Roma 13 de Febrero de 1882.—*Sr. Cardinal Moreno*, Arzobispo de Toledo».

La REVISTA DE MADRID acata, como siempre, con alegría de corazón las decisiones de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.

NECROLOGÍA.

El día 21 del corriente mes sirvióse Dios de llamar para sí al señor D. Benito Reinares y Romero, cuyo recuerdo vivirá profundamente grabado en nuestra alma. Ha vivido el Sr. Reinares sesenta años, y pocos hombres conocemos que los hayan empleado mejor. Esclavo de su deber, y consagrado al trabajo desde su más tierna edad, pasó por este mundo haciendo bien. Su muerte fué digna de su vida. Recibió con fervor envidiable los Santos Sacramentos, y con mucha paz y quietud dió su alma á Nuestro Señor.

* * *

Escritas las anteriores líneas, recibimos otra triste noticia: la de que ha muerto el Illmo. Sr. D. José Moreno Nieto. Dos ó tres veces habíamos tenido la honra de hablar con este elocuentísimo orador; sin embargo, no era necesario más trato con él, para estimarle y respetarle, por lo sano de su intención y noble de sus propósitos. Dios le haya recompensado con la gloria estas relevantes cualidades.

R. I. P.

Damos hoy medio pliego más del *Blanquerna*, porque aquí acaba el tomo I de esta obra notabilísima de Raimundo Lulio. Pensamos en imprimir cuanto antes el tomo II, para dar á conocer á nuestros lectores otro libro de grandísima importancia.